

$$AS \wedge X(R,S) \wedge \lambda_0 \wedge \lambda \geq 1 \wedge S(M \geq R + R_{\infty}) \rightarrow A(R_{\infty} + R + t_{\infty})$$
$$+x \wedge \neg \wedge \neg \neg, x \wedge (x) + (x) + S \wedge \neg \neg + x \wedge + x \wedge \neg (x) \neg x \wedge + S \wedge$$
[illegible]

# RICHARD BACH

## CRÓNICAS de los HURONES I

*Traducción de Agustín Vergara*

*Ilustraciones del autor*



**CRÓNICAS**  
*de los*  
**HURONES**  
**I**

**EN EL MAR**

©Planeta

813 –Bach, Richard  
BAC Crónica de los hurones 1: en el mar.-1º ed.  
– Buenos Aires : Planeta, 2003.  
160 p. 22x16 cm.

Traducción de: Agustín Vergara

ISBN 950-49-1030-0

1. Título -1. Novela Estadounidense

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Título original: *Ferrel Chronicles. Rescue Ferrets at Sea*

© Saunders-Vixen Aircraft Company, Inc. 2002

Publicado de acuerdo con el editor original, Scribner, una división de Simon & Schuster, Inc.

© por la traducción, Agustín Vergara, 2002

© Editorial Planeta, S .A., 2002

Córcega, 273-279, 08008 Barcelona (España)

Primera edición: setiembre de 2002

ISBN 84-08-04455-9

ISBN 0-7432-2750-6, editor Scribner, perteneciente al sello Simon & Schuster, Nueva York, edición original

© Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

independencia 1668, C 1100 A13Q, Buenos Aires, Argentina

Primera edición argentina: 6.000 ejemplares

Impreso en Gralinor S. A.

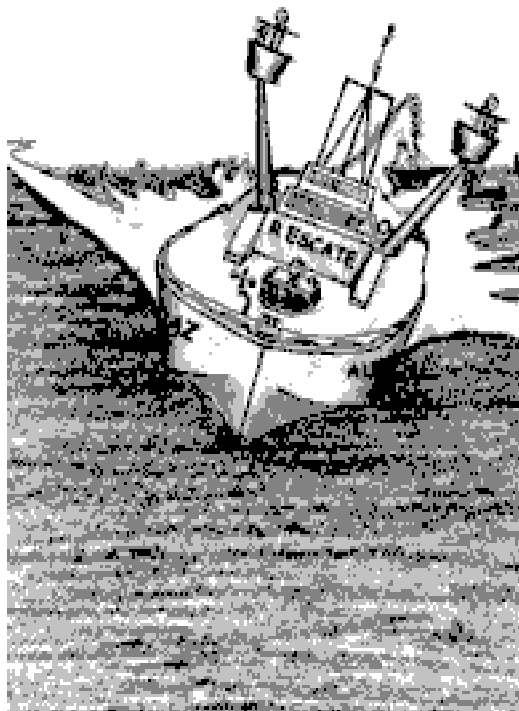
Lamadrid 1576, Villa Ballester,

en el mes de mayo de 2003.

ISBN 950-49-1030-0

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina



3A XKRS) 3 3A R. 1S) +3  
 ↑ 0 0 0 0

K) 1SMR) R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0  
 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 K) 1S) ↑ +1S 0 0 0 0  
 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 K) 1S) ↑ +1S 0 0 0 0

= 3A 1S) 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A  
 R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0  
 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0

= 3A ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0  
 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0  
 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0

3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0  
 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0  
 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0

= 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0  
 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0  
 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0

= 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0  
 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0  
 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0

3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0  
 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0  
 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0

3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0  
 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0  
 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0

3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0 3A R. 1S) ↑ +1S 0 0 0 0

## EL HURÓN Y EL RATÓN DE CAMPO

*Un joven ratoncito al que perseguía un gato corrió hasta encontrarse con un hurón.*

*–¡Estoy perdido! –exclamó el ratoncito–. Huyendo de un fatal destino, he caído en otro peor.*

*–Es cierto que estás en mis manos –contestó el hurón–, pero yo no soy tu perdición, tan sólo soy una criatura que manda sobre su propio destino.*

*Y, tras pronunciar aquellas palabras, llevó al ratoncito a un lugar donde el gato no pudiera alcanzarlo.*

*–Me has salvado la vida –respondió el ratoncito con gratitud al verse libre–. ¿Cómo puedo agradecértelo?*

*–Hay una cosa que puedes hacer –respondió el hurón–. Salvar la vida de otro animal.*

*Y, sin más palabras, el hurón siguió su camino. El ratoncito nunca volvió a verlo.*

*Es más feliz quien salva una vida que quien permite que ésta perezca. Es más noble salvar a alguien que corre peligro que abandonarlo a su suerte.*

ANTONIUS HURÓN, *Fábulas*

## CAPÍTULO I

Las estrellas surcaban lentamente la oscura noche de verano cuando Katrinka Hurón cogió a sus dos cachorros, hermana y hermano, y los acostó en su hamaca con delicadeza. Las paredes de piedra aún conservaban el calor del día, calentando la casa de los hurones, mientras, como cada noche, los dos cachorros, recién bañados, esperaban a que su madre les leyera un cuento.

Lentamente, y sin apartar la mirada de sus pequeños, Katrinka deslizó una pata por la hilera de libros que había en el estante.

—¡Ése! —gritaron Bethany y Vincent al mismo tiempo, y su madre cogió el libro elegido. Sabía perfectamente cuál era por las esquinas gastadas y torcidas de la cubierta.

Sin mirar en ningún momento el libro, abrió mucho los ojos, en un gesto de fingida sorpresa.

—¿Qué tenemos aquí? ¿No será por casualidad *Crónica de los hurones*?

—¡Sí, sí! —exclamaron los dos, como si su madre hubiera adivinado el título por arte de magia.

—Entonces, hijos míos, preparaos para escuchar la historia de unos pequeños hurones que se perdieron en el mar —dijo ella. Había leído tantas veces ese cuento que se lo sabía de memoria desde hacía mucho tiempo.

Bethany Nikka, la mayor de los dos hermanos, se acurrucó en su esquina favorita de la hamaca, con la barbilla sobre el borde del cálido edredón y el hocico y los bigotes apuntando hacia su madre en un gesto de absoluta concentración. Cerró los ojos y dejó volar su imaginación.

Vincent estaba tumbado a su lado, abrazado a su erizo de peluche, buscando la postura más cómoda en el poco espacio que quedaba en la hamaca. Algún día toda la hamaca sería para él solo, pero esa noche se sentía feliz de tener a su hermana a su lado y no le importaba que ella tuviera el mejor sitio.

—Érase una vez unos cachorros que salieron a navegar —empezó a leer su madre—. Eran unos cachorros muy aventureros, aunque no demasiado sensatos, pues decidieron ir hasta la isla Prohibida, que estaba situada lejos de la costa de aquel gran océano.

Abrió el libro para enseñar a sus hijos el dibujo de aquellos hurones aventureros subidos a una balsa de madera en la que una sábana hacía las veces de vela. Bethany asintió sin abrir los ojos, pues conocía el dibujo de memoria.

¡Pero qué cachorros tan insensatos!, pensó, pues sabía que, mientras ellos se alejaban de la costa, una terrible tormenta de burbujas avanzaba furiosa hacia la isla Prohibida sin que los pequeños navegantes sospecharan nada.

Podía verlo todo en su imaginación mientras su madre leía el cuento: la larga travesía hasta la isla, que duró un día entero, y a los insensatos hurones. Podía ver cómo se bajaban atropelladamente de la balsa, cómo exploraban la isla sin tener en cuenta que pronto se haría de noche, ajenos a la tormenta que se anunciaba en el cielo. Vio el primer relámpago, oyó el primer trueno. ¡Ya era demasiado tarde! Aquellos insensatos cachorros estaban atrapados en la isla.

—«¿Y ahora qué vamos a hacer?» —se anticipó a su madre la pequeña Bethany, sin apenas mover los labios.

—«¿Y ahora qué vamos a hacer?» —leyó Katrinka. Después levantó el libro para mostrarles a

sus hijos un dibujo que ocupaba dos páginas enteras. Ahí estaban los seis desdichados hurones, atrapados en una mancha de tierra, rodeados por la tormenta de burbujas.

–«¿Qué podían hacer?» –dijeron los dos cachorros.

Bethany lo veía todo: la tormenta, que rugía sin cesar; los grandes barcos que se apresuraban a volver a sus puertos para escapar de la furia de un océano que parecía haber enloquecido; a los pobres cachorros en la isla, sujetos a los troncos de los árboles como pequeños estandartes peludos ondeando al viento; a los padres en el momento de descubrir que sus pequeños no estaban, que habían navegado hasta la isla y que sólo tenían una pequeña bolsa de comida...

Finalmente, el viento amainó, pero la isla y el mar permanecieron cubiertos de burbujas, haciendo prácticamente imposible el rescate de los cachorros.

–«¿Qué podían hacer?» –repitió su madre. –«¡Llamar a los hurones de salvamento!» –exclamaron a un tiempo los dos cachorros.

–Eso es –dijo Katrinka–. «¡Llamar a los hurones de salvamento!»

Después volvió la página. Bethany, expectante, contuvo la respiración. Conocía cada detalle del cuento: el estridente sonido de las sirenas retumbando en la base del Cuerpo Hurón de Salvamento Marítimo, el capitán Terry Hurón y los hombres de su equipo corriendo a sus puestos, el atronador rugido de los motores al ponerse en marcha y la estela del buque que, una vez más, salía veloz en una misión de rescate. Allí estaban los hurones de salvamento, saliendo del canal, abriendo la tormenta de burbujas con la proa del buque *Emily T. Hurón*, de camino a la isla Prohibida.

«¡Adelante, capitán Terry!», dijo Bethany para sus adentros, aunque sabía que él estaba demasiado ocupado como para oír sus palabras de ánimo.

El valiente capitán navegó a ciegas, trazando una peligrosa línea recta que atravesaba las rutas de navegación, con los motores gemelos a plena potencia. Nunca perdía de vista el radar y permanecía atento a cualquier barco que pudiera cruzarse en su camino, aunque las burbujas emborronaban la imagen. Aunque más que en el radar, el capitán confiaba en el fino oído de los miembros de su tripulación, siempre atentos a cualquier sonido, listos para evitar una posible colisión que los enviaría directamente al fondo del mar.

Mientras tanto, en la isla, rodeados por las inmensas burbujas, los cachorros se agarraban unos a otros para no extraviarse. Ya habían acabado con toda la comida, compartiendo hasta la última miga de pan. Se juntaron, apretándose unos contra otros, tiritando de frío, temiendo por sus vidas. ¡Qué insensatos habían sido! ¡Cómo se arrepentían de haber ido a la isla Prohibida!

–¡Buque a proa, señor!

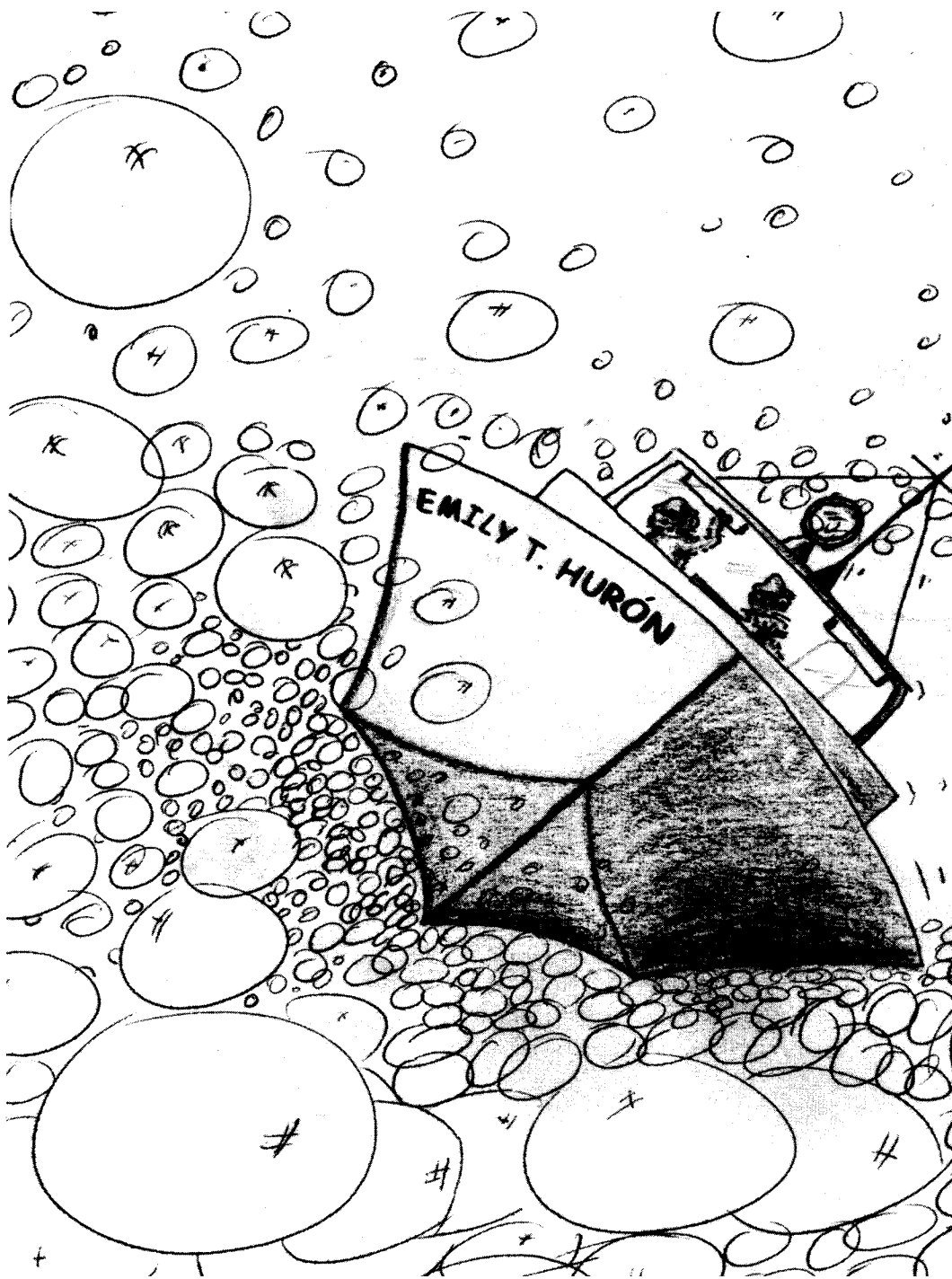
Bethany vio lo mismo que el capitán Terry Hurón: una mancha que había aparecido repentinamente en el radar, un inmenso carguero a la deriva que les cortaba el camino hacia la isla.

–¡Todo a estribor! –ordenó al hurón que estaba a cargo del timón, y el buque de rescate cambió velozmente de rumbo, levantando a su paso una estela de olas y espuma.

El inmenso buque de los humanos surgió amenazante de entre la masa de burbujas blancas, despidiendo reflejos metálicos. Instantes después, y gracias a la hábil maniobra del capitán Terry, volvió a desaparecer, esta vez a la espalda del veloz buque de los hurones.

El capitán ordenó que recuperasen el rumbo original. Así, el buque de salvamento se abrió camino entre los arrecifes y los bancos de arena de la isla Prohibida, serpenteando lentamente, con Abington Hurón en la proa, comprobando una y otra vez la profundidad con una sonda.

—¡Veinte patas de profundidad, señor! —exclamó antes de volver a lanzar el cabo, que silbó en el aire en su camino hacia el mar. El buque siguió avanzando.



–¡Quince patas, señor! ¡Quince patas!

Las burbujas, que todavía cubrían el mar y la isla como si de una gran manta se tratara, eran tres veces más altas que la antena del radar del buque de salvamento.

–¡Doce patas, señor!

–Echad el anda –ordenó el capitán–. Señales acústicas –añadió un instante después.

El sonido de las sirenas cortó el aire cuatro veces seguidas. Después se oyó el eco de la isla, cercana aunque invisible. Finalmente se hizo el silencio.

–Otra vez.

Esta vez, tras las señales acústicas, oyeron unos lejanos gritos de júbilo.

El capitán cogió el megáfono.

–¡Ah de la isla! Les habla el capitán del buque de salvamento *Emily T. Hurón*. Estamos a menos de cien patas de la orilla. Haremos sonar la sirena cada medio minuto. Acérquense a la orilla. Nosotros acudiremos en su ayuda.

Bajo ninguna circunstancia deben intentar alcanzar el buque a nado.

Esta vez, los gritos de júbilo se oyeron con mayor claridad.

–¡Aquí! ¡Aquí! –gritaban los pequeños hurones desde la isla.

Apenas unos minutos después, Jingles Hurón, el contramaestre del buque de salvamento, regresó a bordo junto al primer huroncito, ambos empapados y cubiertos de burbujas.

–Arriba, jovencito –dijo Jingles mientras levantaba al cachorro hasta cubierta, donde esperaba Joanna Hurón, la vigía de proa. Después volvió a la isla a por otro huroncito.

El viaje de vuelta a la base fue más lento que el de ida. Aunque había menos burbujas, las olas no permitían navegar a toda marcha, ni siquiera tratándose de un buque del Cuerpo Hurón de Salvamento.

Katrinka Hurón volvió la última página del libro, la que mostraba el dibujo de la pequeña Angela Hurón dándole un beso al capitán Terry. Incapaz de contener la emoción, Bethany se secó las lágrimas de admiración por los valientes hurones del cuerpo de salvamento.

Su madre cerró el libro. Después se levantó y arropó a los dos pequeños hurones en la hamaca.

–Buenas noches, pequeños míos.

Bethany respiró hondo.

–¿Mamá, crees que cuando sea mayor podré entrar en el Cuerpo Hurón de Salvamento? –preguntó.

Katrinka se volvió hacia su hija y la observó en silencio durante unos instantes.

–¡Ay...! –suspiró–. Te pareces tanto a tu padre. Puedes ser cualquier cosa que desees ser, hija mía –le dijo–. Sólo tienes que desearlo con fuerza.

Después besó a sus dos cachorros y apagó la luz.

Lejos de la casita de piedra, en las tierras altas que hay cerca del techo del mundo, los hurones filósofos habían llegado a la misma conclusión: sólo encontramos la felicidad cuando perseguimos aquello que verdaderamente deseamos. Lo llamaban sabiduría.

Aunque Bethany Hurón todavía escucharía muchas veces su cuento favorito, aquella noche, mientras escuchaba a su madre, supo que algún día ocuparía el puente de mando de su propio buque de salvamento.

## CAPÍTULO 2

Pocos humanos lo saben, pero, en los márgenes de todos los mares, el Cuerpo Hurón de Salvamento Marítimo siempre está presente allí donde los guardacostas de cada país tienen sus bases. Es responsabilidad de los humanos salvar las vidas de las personas que corran peligro durante una tormenta o en un naufragio, y es responsabilidad de los hurones ayudar a cualquier animal que corra peligro en el mar.

Junto a cada base humana de guardacostas hay una pequeña base donde viven los valientes y dedicados hurones que arriesgan sus vidas para salvar a otros animales. Las bases del Cuerpo Hurón de Salvamento Marítimo son prácticamente iguales que las de los humanos: tienen barracones, comedores, muelles, diques secos y puestos de mando, sólo que todo en miniatura.

El lema del Cuerpo Hurón de Salvamento, «*Silentus Salvatum*», habla por sí mismo: «Salvamos en silencio.» Ése es el objetivo y la razón de ser de cada uno de los hurones que se presentan voluntarios al cuerpo. Y, ya se trate de un terrible temporal o de un fuego a bordo de una embarcación, los hurones de salvamento raras veces han perdido a un animal en apuros durante una misión de rescate.

Sus buques de salvamento son pequeños y ligeros, pero fuertes y resistentes. Tienen potentes motores gemelos que les permiten surcar las aguas a gran velocidad. Con un capitán al mando y una tripulación formada por cuatro hurones marineros, estos buques resultan prácticamente imposibles de hundir, aunque a lo largo de los años, algunos han sido arrastrados hasta el fondo del mar al ser abordados por buques de humanos y otros han sido hechos añicos por inmensas olas. Pero, gobernados con habilidad y valor, resultan perfectos para su misión de salvamento.

No mucho tiempo después de que su madre hubo dejado de leerle cuentos antes de dormir, tras graduarse con los más altos honores en la Academia de Oficiales del Cuerpo Hurón de Salvamento Marítimo, la alférez Bethany N. Hurón se presentó ante el oficial al mando de la base de salvamento de Maytime.

Había podido elegir Maytime porque había sido la mejor alumna de su promoción. La base estaba situada en una ensenada que se abría al amparo de una costa rocosa asolada por intensos temporales en invierno y peligrosas corrientes marinas en verano. Bethany había solicitado ingresar en el servicio activo, y en Maytime sin duda encontraría la acción que buscaba.

–Se presenta la alférez Bethany Hurón, señor–saludó.

El comandante Curtis Hurón se dio la vuelta en la cubierta del buque de salvamento y le devolvió el saludo a la esbelta alférez. La primera de su promoción –pensó–. Seguro que quiere capitanear su propio buque lo antes posible. Sin duda, le habrán enseñado muchas cosas en la academia, pero todavía le queda mucho por aprender. Pobre cachorra. Aunque, desde luego, era una cachorra con suerte.

–¿Cuál es la temperatura máxima que puede alcanzar el aceite en los motores gemelos de un buque de salvamento, alférez?

Bethany tardó unos segundos en contestar. Esperaba que le dieran la bienvenida a la base, no que le hicieran un examen.

–Ciento dieciocho grados centígrados, señor.

–¿Qué ocurriría si el capitán decidiera forzar la máquina hasta sobrepasar esa temperatura?

–Los rodamientos acabarían por agarrotarse –contestó inmediatamente la joven alférez–. El motor no resistiría mucho tiempo, señor.

El comandante de la base frunció el ceño para disimular la sonrisa que se dibujaba en sus labios. Sin duda, la joven alférez conseguiría capitanear su propio buque.

–¿Y si hubiera vidas en peligro? –siguió preguntando–. ¿Qué haría usted si fuese necesario forzar la máquina para salvar vidas animales?

–Si no quedara más remedio, lo mejor sería sobrecalentar un solo motor y conservar el segundo en buen estado, señor.

El comandante la observó con atención.

–Eso es exactamente lo que hizo el capitán de este buque, alférez. Ahora no tenemos más remedio que sustituir el primer motor y, como sin duda sabrá, los motores no crecen en los árboles.

–¿Cuántas vidas salvó el capitán, señor?

El comandante levantó la cabeza.

–Veinticinco ratones, tres gatos y un mono pigmeo; un total de veintinueve vidas.

–Entonces sin duda mereció la pena –repuso Bethany al tiempo que saludaba marcialmente a su superior en posición de firmes.

–Bienvenida a la base de Maytime, alférez –dijo el comandante–. Nos ha traído un tiempo espléndido. Le recomiendo que lo disfrute mientras dure.

Y, sin más, le dio la espalda y bajó a la sala de máquinas. Con el barómetro descendiendo como estaba, pronto necesitarían ese buque.

Y así comenzaron las aventuras de Bethany Hurón en la base de Maytime. Fue nombrada tercer oficial a bordo del *Intrépido*, el buque de salvamento J-166, y a las órdenes del capitán Angio E. Hurón no tardó en descubrir que el mar era una aula mucho más exigente que cualquier academia de oficiales.

Los simulacros de salvamento siempre empezaban antes del alba. Al oír el estridente sonido de las sirenas, los hurones se dejaban caer torpemente de sus hamacas y se ponían sus gorras y sus chalecos salvavidas antes de apresurarse a ocupar sus puestos. Los últimos rastros de somnolencia se evaporaban entre el atronador rugido de los pesados motores, mientras los potentes focos de los buques de salvamento iluminaban la noche.

–¡Soltad el largo de proa! –se oía la voz del capitán desde el puente de mando–. ¡Soltad el largo de popa! ¡Todo adelante!

Desde su puesto de vigía de estribor, con la cara oculta tras la visera de su gorra, Bethany se apresuraba a realizar las comprobaciones de rigor antes de zarpar. Unos minutos después, los focos atravesaban la oscuridad y los motores gemelos rugían, levantando dos colas de gallo de espuma.

¡Ésta es la vida con la que siempre he soñado!, pensó Bethany aquel día.

Por el interfono, oyó cómo su capitán llamaba a la base.

–Base de Maytime, aquí J-166. Estamos en el canal, rumbo a mar abierto. Permanecemos a la espera de nuevas órdenes.

En la mayoría de las ocasiones, ahí acababa todo.

–Recibido, J-166. Su tiempo ha sido de cincuenta y ocho segundos. Con esto concluye el ejercicio. Regrese a la base y permanezca a la espera de nuevas órdenes.

Pero, en otras ocasiones, el *Intrépido* seguía avanzando hasta pasar las boyas que marcaban la entrada del canal, y se adentraba en mar abierto en busca de alguna diminuta embarcación de motor o de algún pequeño velero flotando a la deriva en la oscuridad. A bordo de las

supuestas embarcaciones en peligro, los miembros de la tripulación se escondían en los rincones más oscuros para que los hurones del buque de salvamento no los encontraran.

–Siete náufragos a bordo, señor –declaró Bethany aquel día, agotada después de trasladar a bordo del *Intrépido* a los supuestos náufragos.

Angio Hurón entornó los ojos. Algo no marchaba bien.

–¿Sólo siete? ¿Está segura de que no hay más náufragos, alférez?

Porque el simulacro de rescate no acabaría, ni tampoco se detendría el reloj, hasta que todos los náufragos estuvieran a bordo del *Intrépido*. De ahí la desconfianza del capitán.

–Concédame un momento, señor –dijo Bethany y corrió hacia la proa, dejando a las criaturas rescatadas charlando tranquilamente sobre la cubierta.

–¡Encended los focos! –gritó justo antes de saltar sobre el cabo que unía ambas embarcaciones y, de regreso en el buque en apuros, volvió a recorrer la cubierta de proa a popa. Justo cuando estaba a punto de abandonar el buque, convencida de que no quedaba nadie a bordo, una silueta llamó su atención debajo de una vela plegada sobre la cubierta.

–Está bien –dijo–. Sal de ahí ahora mismo.

Al no obtener respuesta, Bethany apartó la vela. Debajo, un cachorro de hurón permanecía escondido en silencio, con los ojos cerrados con fuerza, sin atreverse apenas a respirar.

–¡Te encontré! –exclamó Bethany, y cogió al pequeño hurón con la boca, sujetándolo firmemente por el pescuezo.

–Cuando sea mayor yo también seré un hurón de salvamento –dijo el cachorro.

Bethany no pudo evitar esbozar una sonrisa.

–Cuando seas mayor –murmuró.

Con el cachorro en la boca, Bethany se encaramó al cabo que unía ambas embarcaciones y corrió sobre las olas hacia el resplandor cegador de los focos. De vuelta en el *Intrépido*, dejó al cachorro junto a los otros supervivientes y subió al puente de mando.

–Ocho náufragos a bordo, señor –dijo jadeando por el esfuerzo.

–¿Está segura, alférez?

–Sí, señor.

El capitán cogió el micrófono.

–Aquí, el *Intrépido*. Tenemos ocho náufragos a bordo –dijo–. Procedemos a remolcar la embarcación.

–Recibido, *Intrépido*. Ocho náufragos. Afirmativo. El ejercicio ha terminado. Su tiempo ha sido de treinta y un minutos y veinticinco segundos. Pueden regresar a la base.

–Regresamos a la base –anunció el capitán, mientras anotaba el tiempo en el diario de a bordo.

Después miró a Bethany y asintió, dándole a entender que podía volver a su puesto de vigía.

–Una última cosa, J-166 –se oyó la voz desde la central–. ¿Puede decirnos quién ha encontrado al octavo náufrago?

Sorprendido por la pregunta, el capitán se volvió hacia Bethany.

–La alférez Bethany Hurón –dijo finalmente.

–¿Era un cachorra? –preguntó la voz desde la central. Bethany asintió.

–Afirmativo –dijo el capitán.

–Buen trabajo –los felicitó la voz desde la base–. Enhorabuena.

El capitán Angio Hurón asintió con una sonrisa en los labios.

Bethany ya había participado en más de una docena de simulacros nocturnos cuando oyó por primera vez la sirena a plena luz. Al principio pensó que, a la luz del día, el simulacro resultaría más fácil. Divisaron el objetivo once minutos después de zarpar y, aunque el mar no estaba ni mucho menos en calma, el *Intrépido* navegó a toda máquina hacia la embarcación, mientras los miembros de la tripulación se preparaban para el rescate.

No iba a ser fácil, pero Bethany no era una hurona a la que le asustaran las dificultades. Siempre había soñado con esa vida y, ahora, sus sueños se habían hecho realidad.

De nuevo en su puesto de vigía, de vuelta a la base con la embarcación rescatada a remolque, Bethany vio por primera vez la entrada del canal a la luz del día. Algo llamó inmediatamente su atención.

Presionó con urgencia el botón del interfono para llamar al puente de mando.

—¡Buque encallado! —gritó—. ¡A estribor, señor! ¡En el malecón!

Pero, mientras esperaba la respuesta del capitán, algo hizo queda sangre se le congelara en las venas. No se trataba de una embarcación cualquiera; ¡era un buque de salvamento! Se sujetó con fuerza al pasamanos, anticipando la aceleración del *Intrépido* al virar hacia el buque encallado, pero no ocurrió nada.

¿Es que no la habían oído?

—Vigía de estribor llamando al puente. ¡Buque encallado a estribor, señor!

—Recibido, vigía de estribor —contestó el capitán—. Lo veo.

Pero el *Intrépido* no varió el rumbo.

Apenas habían pasado unos minutos cuando Bethany oyó pasos detrás de ella.

—¡Señor! —saludó al ver al capitán, que había subido hasta su puesto de vigía.

El capitán Angio Hurón podía ser tan duro e inflexible como las mismísimas rocas del malecón en el que había encallado el buque. Era un animal corpulento que había ascendido de marinero de tercera a capitán gracias a su brillantez y a su dedicación. Pero, como suele ocurrir con las mejores criaturas, raramente hacía ostentación de su fuerza, y en todo momento se comportaba de forma cortés y comprensiva.

—Descanse, alférez —ordenó mientras apoyaba una pata en el hombro de Bethany—. Debe saber que ya hace más de un año que perdimos ese buque. He pensado que lo mejor sería decírselo personalmente, ahora que sus compañeros de tripulación no pueden oírnos.

Bethany apartó la mirada del buque encallado y se volvió hacia su capitán.

—¿Cómo ocurrió, señor? —preguntó.

El capitán suspiró. Después se quitó la gorra y se pasó una pata por su peluda cabeza.

—Se trata del J-IOI. Volvía de una misión de salvamento. Era de noche y el oleaje era tan fuerte que desplazó de posición una de las boyas que marcan la entrada del canal.

—Pero, señor... El capitán podía haberse guiado por el radar.

—Mucho me temo que cuando se dio cuenta de lo que había ocurrido ya era demasiado tarde.

Bethany tragó saliva.

—¿Y la tripulación, señor?

—Todos se salvaron. Dejamos el buque en el malecón como recordatorio: en el mar nunca debes dar nada por supuesto y una misión no acaba hasta que se fijan las amarras.

Bethany observó el buque encallado. El malecón apenas estaba a cien patas del *Intrépido*. Incluso con la marea alta, la proa sobresalía del agua y dejaba al descubierto el nombre de la nave, borroso pero todavía legible: *Audaz*.

—Pero, señor, el buque...

—Era el primero de su clase, el buque de salvamento más viejo de la base, alférez. Salvamos todo lo que pudimos y ahora nos sirve de aviso cada vez que salimos o regresamos a la base. Le aseguro que no volveremos a perder un buque de ese modo.

—Pero, señor, el buque todavía podría... —empezó a decir Bethany.

Pero el capitán ya había bajado a cubierta y volvía al puente de mando.

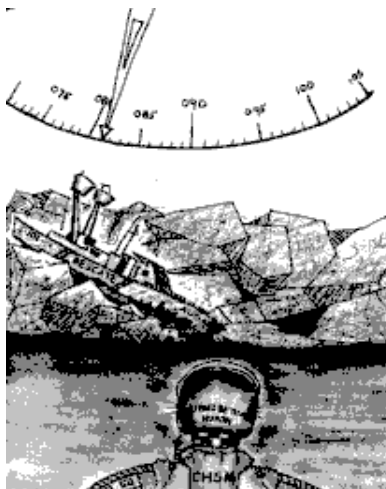
Aun así, a pesar de las explicaciones, Bethany no conseguía apartar los ojos del buque encallado. En el costado de babor, cerca de la proa, se abría una enorme grieta, un corte que recorría prácticamente la mitad del casco. El oleaje había golpeado el buque prácticamente hasta llegar a aplastarlo contra las rocas del malecón. Con la marea alta, la mayor parte del *Audaz* quedaba sumergida bajo el agua, aunque cuando bajaba la marea podía verse el casco casi entero. El J-IOI era un buque esbelto que no había perdido su orgullo a pesar de los golpes recibidos. Las dos torres gemelas en las que se alzaban los puestos de los vigías de babor y estribor permanecían intactas, como si quisieran desafiar las corrientes marinas.

A Bethany le parecía un desperdicio inútil dejar el buque en ese estado. ¿Qué importaba que fuera la embarcación más vieja de la base? ¡Era un buque de salvamento! ¡Un buque que todavía podía salvar muchas vidas!

Durante sus primeras semanas en la base de Maytime, Bethany Hurón cumplió diligentemente con sus obligaciones. Los simulacros casi siempre resultaban más exigentes que las misiones reales: embarcaciones que se quedaban sin combustible o que se perdían en la niebla, timones rotos, hélices inservibles, animales enfermos que debían ser trasladados a tierra firme...

De tarde en tarde se formaban grandes temporales, pero, cuando eso ocurría, la mayoría de los buques permanecían en puerto o buscaban la seguridad de las aguas más profundas, lejos de los afilados arrecifes de la costa.

Con el tiempo, la alférez Bethany Hurón fue ascendida a teniente. Sus superiores apreciaban su capacidad y su actitud, sin duda sobresalientes, además de su inquebrantable coraje. A la hora de evaluarla en los informes, todos los oficiales marcaban la casilla: «Hurón ejemplar, uno entre un millón, quisiera tenerlo como oficial a mis órdenes.» Así, Bethany Hurón no tardó en convertirse en el primer oficial del *Intrépido*.



Pero nunca olvidó el buque de salvamento encallado en el malecón. Cada vez que se hacía a la mar, cada vez que volvía a la base, la joven teniente meneaba la cabeza de un lado a otro al ver aquel buque, abandonado a su suerte, entre las rocas.

No fue el tiempo lo que liberó al *Audaz* de las afiladas rocas, sino la perseverancia de Bethany, su implacable lucha por conseguir un ideal. Aun así, y a pesar de su tenacidad, nunca alzó la voz, nunca discutió con quienes no compartían sus puntos de vista.

Aunque nadie se lo había enseñado, ella sabía que a la hora de convertir en realidad sus deseos lo más importante era la determinación; más importante que el talento o que los conocimientos. Y la joven teniente estaba decidida a rescatar el *Audaz*, fuera cual fuese el sacrificio necesario para conseguirlo.

«El buque J-IOI podría tener un valor incalculable para el Cuerpo Hurón de Salvamento Marítimo –escribió una tarde Bethany en su diminuto camarote a bordo del *Intrépido*–. Bastaría con que el buque salvara una sola vida para que el precio de su reparación mereciera la pena. ¡Qué decir si gracias a él se salvaran cien vidas!»

En su despacho, frente a los muelles, el comandante Curtis Hurón leyó la propuesta de la teniente Bethany sin mover un solo pelo de su amplio bigote gris.

«Solicito permiso para proceder a la reparación del J-IOI, bautizado como *Audaz*, con la ayuda de aquellos hurones marineros que deseen unirse a mí para devolverlo al servicio activo. Todas las reparaciones se llevarían a cabo durante nuestro tiempo libre.»

El comandante frunció el ceño. El capitán del *Intrépido*, a cuyas órdenes estaba la teniente, ya le había explicado en más de una ocasión a la teniente que el buque encallado cumplía un propósito. ¿No se estaría convirtiendo el asunto en una obsesión para la joven Bethany? ¿Cómo iba a poder concentrarse en las misiones de salvamento mientras reparaba un buque? Se trataba de una oficial muy prometedora y su puesto estaba en el mar. El comandante negó con la cabeza de forma casi imperceptible.

«En el peor de los casos –decía Bethany en su siguiente misiva–, el proyecto serviría como ejercicio de prácticas para los voluntarios que trabajasen en él, convirtiéndolos en mejores oficiales y marineros. En el mejor de los casos, la base de Maytime dispondría de un buque adicional para el servicio activo. Así pues, se trata de un proyecto beneficioso a todas vistas para el Cuerpo Hurón de Salvamento Marítimo, pues contribuirá a rescatar navíos en dificultades y a salvar las vidas de los animales que se encuentren a bordo de éstos.»

El comandante se volvió hacia la ventana del despacho, desde donde podían verse los buques de la base. Todos ellos estaban bajo su mando y su buen funcionamiento era responsabilidad suya. Dejó la solicitud de la teniente sobre la mesa.

Pero, con el paso de los días, recibió una solicitud tras otra, como si, en vez de un recordatorio para los otros buques, el *Audaz* fuera una especie de espada encantada clavada en una roca que esperaba la llegada del oficial capaz de liberarla para librar nuevas gestas. En sus misivas, Bethany Hurón dejaba claro que su proyecto era perfectamente factible, además de ser de gran valor para el cuerpo de salvamento. Pacientemente, explicaba cómo superaría cada problema que pudiera surgir durante el proceso de reparación del *Audaz*.

El 14 de agosto, bajo la atenta mirada de su capitán, Bethany asumió el mando del *Intrépido* durante el rescate de dos hámsters que habían salido a remar en sus piraguas. Los dos animales, a los que habían sorprendido las corrientes marinas, gritaron con júbilo al ver llegar el buque de salvamento de los hurones. El mar estaba revuelto, por lo que fue necesaria cierta destreza para subir a bordo a los remeros sin que ni ellos ni sus embarcaciones sufrieran el menor daño. «La teniente ha procedido a llevar a cabo el rescate sin el menor incidente»,

escribió el capitán Angio Hurón en el diario de a bordo. No era necesario añadir nada más.

Al regresar a la base el *Intrépido*, un mensajero subió a bordo y le entregó al capitán un sobre sellado. La teniente Bethany Hurón debía presentarse en el despacho del comandante de la base a las 15.00 horas.

Bethany llegó a las 14.59, recién peinada y cepillada. Llevaba una gruesa carpeta con toda la documentación sobre el proyecto debajo de la pata. Algo temblorosa, entró en el despacho del comandante a la hora exacta.

–Se presenta la teniente Bethany Hurón, señor –dijo al tiempo que saludaba en posición de firmes.

El comandante le devolvió el saludo.

–Siéntese, teniente –le indicó. Después se giró en su asiento y observó la perfecta hilera de buques de salvamento con sus immaculados cascos blancos amarrados en los muelles. El *Robusto* y el *Valeroso*, los más cercanos al canal, se mantenían en alerta, con sus tripulaciones a bordo, listos para zarpar de inmediato.

El despacho era pulcro y austero, como también lo era el propio comandante. Tres de las paredes estaban cubiertas por estanterías llenas de libros. En uno de los estantes había una fotografía descolorida de un viejo buque de salvamento con el teniente Curtis Hurón posando orgullosamente junto a su tripulación delante del puente de mando. En la cuarta pared había una vitrina con una reproducción a escala de un buque de salvamento en la que no faltaba ni el más mínimo detalle. Al lado había una foto en color que mostraba a tres cachorros jugando en la hierba junto a la orilla de un lago.

Al cabo de unos segundos, el comandante se dio la vuelta en su asiento, miró la ficha de servicio de Bethany, que descansaba sobre el escritorio, y releyó un párrafo en voz baja: «Artemis Hurón, el padre de la oficial, saltó de un puente, arrojándose a un río con rápidos de aguas blancas, para socorrer a dos cachorros de hurón que navegaban a la deriva sobre un trozo de hielo. Consiguió llevar a los dos cachorros hasta la orilla, donde esperaba el personal del cuerpo de salvamento. Ambos cachorros sobrevivieron sin sufrir ningún daño, pero Artemis Hurón falleció ahogado en las aguas heladas.»

El comandante se levantó y cogió el libro que había sobre la mesa.

–Quisiera leerle algo, teniente –dijo–. Es del reglamento del cuerpo. Quisiera que me escuchara con atención.

Bethany tragó saliva, sentada completamente erguida en el borde de la silla de madera.

–Sí, señor –contestó sin intentar eludir la mirada del comandante.

–«Es política del cuerpo impedir que cualquier oficial se involucre personalmente en la construcción, el mantenimiento o el funcionamiento de un buque de salvamento a no ser que lo haga cumpliendo órdenes concretas de un superior.»

El comandante suspiró y cerró el libro.

–¿Desea decir algo al respecto, teniente? –preguntó tras un breve silencio.

–No sé si lo he entendido bien, señor. ¿Ha dicho «a no ser que lo haga cumpliendo órdenes concretas de un superior»?

El comandante asintió. –Gracias, señor.

–No parece sorprendida.

–No lo estoy, señor. Si me permite decirlo, no tenía otra elección. Antes o después tenía que darme su permiso para hacerlo.

El comandante meneó la cabeza de un lado a otro con una sonrisa de rendición. Después cogió un sobre sellado de la mesa y se lo ofreció a Bethany.

–Sus órdenes son recuperar y poner a punto para el servicio activo el buque de salvamento Cuando haya concluido el trabajo, capitaneará el buque durante el período de prueba y, posteriormente, en el servicio activo. ¿Me permite que cite sus propias palabras, al menos en la medida en la que las recuerdo?

La joven hurón cogió el sobre con sus órdenes.

–Por supuesto, señor –dijo con un hilo de voz, incapaz de contener las lágrimas por más tiempo.

El comandante volvió a girarse hacia la ventana y observó un buque de salvamento que regresaba de una misión con la tripulación de hurones dispuesta para lanzar las amarras en cuanto llegaran al muelle.

–Dado que «se trata de un proyecto beneficioso a todas vistas para el Cuerpo Hurón de Salvamento Marítimo, pues contribuirá a rescatar navíos en dificultades y a salvar las vidas de los animales que se encuentren a bordo de éstos», se le ordena que cumpla su misión tan pronto como el ingenio y la perseverancia lo permitan.

–¡Así lo haré, señor! ¡Gracias, señor!

Luego se levantó y permaneció en silencio frente al comandante.

Él la saludó marcialmente, dando a entender que la reunión había concluido. Ella le correspondió, pero antes de irse se abrazó al viejo hurón, incapaz de reprimir su dicha.

–Lo siento, señor –dijo recobrando la compostura–. Gracias, señor. Le aseguro que no se arrepentirá de su decisión.

–Espero que así sea, teniente. Confío en que el *Audaz* esté listo para el servicio activo este mismo invierno.

La joven hurón contuvo la respiración durante unos instantes. Dos meses no era suficiente tiempo para reparar el buque y tener lista una nueva tripulación.

–¡Sí, señor! –exclamó. Después volvió a saludar y giró sobre sus talones.

–Una última cosa –dijo el comandante.

Bethany se dio la vuelta.

–¿Señor?

–Si necesita que le gruñe a alguien para llevar su proyecto a buen puerto, confío en que me lo hará saber.

–Así lo haré, señor –contestó ella con una sonrisa radiante.

Bethany se puso manos a la obra esa misma tarde. Ante el asombro del propio comandante, consiguió tomar prestado el buque grúa de la base y un equipo de hurones se encargó de liberar de las rocas el casco del *Audaz*. Al ponerse el sol, el barco ya estaba en el dique seco, listo para su inmediata reparación.

Además, en un solo día, ya eran multitud los trabajadores que, incapaces de resistirse al entusiasmo de la joven teniente, se habían presentado voluntarios para el trabajo.

Esa misma noche, los sopletes de los hurones soldadores cortaban y soldaban un trozo de metal tras otro, llenando la oscuridad de chispas y bolas de fuego que caían sobre los charcos de acero fundido. Un equipo de fornidos hurones marineros enderezaban los mamparos del buque con pesadas máquinas hidráulicas, y los electricistas arrancaban los viejos cables para sustituirlos por otros nuevos. El muelle se llenó de ventanas de cristal reforzado y de material electrónico llegados, como por arte de magia, de todos los rincones de la base. Realmente se trataba de una caótica orquesta de metales formada por remachadoras, martillos neumáticos, pulidoras de alta velocidad, sierras circulares, serruchos de carpintero y todo tipo de

herramientas manejadas expertamente por los voluntarios que abarrotaban el dique seco.

Al amanecer, los pesados motores gemelos y los generadores ya habían sido trasladados a la planta de reparaciones de la base. También se habían desmontado las transmisiones y los ejes propulsores, así como las hélices, para su revisión y equilibrado.



Los turnos de trabajo se sucedieron, uno tras otro, sin que Bethany Hurón se permitiese ni un minuto de descanso. Aun así, la teniente no sentía el menor cansancio. Al contrario, se sentía como si llevara semanas enteras almacenando energías para cuando llegara ese momento; estaba en todas partes al mismo tiempo, ordenando, sugiriendo, halagando, rogando...

—Con vuestro trabajo estáis salvando vidas —les dijo en una ocasión a los hurones mecánicos que trabajaban con afán en la sala de máquinas. Después abrazó al jefe de los mecánicos, un fornido hurón que prácticamente la doblaba en tamaño.

—¿No cree que sería mejor tenerlo todo listo para cuando lleguen los motores esta tarde, Boa? Además, resultará más fácil comprobar los radiadores ahora que cuando ya hayamos instalado los motores.

—¿Ha dicho esta tarde, teniente? —preguntó el corpulento hurón con una mueca de incredulidad en los labios—. ¡Pero si sólo hace una semana que se los llevaron! Para arreglar esos motores harían falta, por lo menos, tres meses.

Bethany se acercó a él y se puso de puntillas.

—He cambiado nuestros motores por otros dos que acaban de pasar la inspección —le susurró al oído.

El jefe de los mecánicos arqueó las cejas en un gesto de sorpresa. Después, apoyó una pata en el hombro de Bethany y llamó a uno de los mecánicos.

—¡Reúne inmediatamente a todos los mecánicos, Billy! —le ordenó—. Quiero que le echéis un buen vistazo a los sistemas de refrigeración y de ventilación. También hay que revisar el sistema de suministro de combustible y los cojinetes de rodamiento. ¡No hay tiempo que perder! La teniente dice que cuanto antes acabemos nuestro trabajo, más vidas se salvarán.

El ruido envolvía aquel navío que hasta hacía tan poco tiempo había permanecido sumido en el silencio del malecón: herramientas, chispas, generadores, órdenes e instrucciones volando de boca en boca, y canciones de grupos de moda, como Pata Blanca, Duk y Zsa-Zsa y

las Go-Gos, sonando a todo volumen en la radio, mientras los hurones se afanaban en el trabajo.

Poco a poco, la niebla producida por el humo de las soldaduras dio paso a una fina nube formada por polvo de moluscos secos y pintura oxidada y, finalmente, a la bruma del esmalte con el que pintaron el casco, tan blanco como la espuma de las olas. A ambos lados de la proa podía leerse la palabra «*Audaz*» escrita con grandes letras negras y, en los costados, las palabras «J-IOI» y «*SALVAMENTO*», escritas con letras del color del fuego.

Finalmente, tan sólo algunas semanas después de aquel día en el que el comandante había ordenado que reparase el buque, el *Audaz* volvió a deslizarse sobre la superficie del mar con Bethany Hurón al mando. A pesar de sus pronunciadas ojeras y de su delgadez, la teniente Bethanytemblaba de emoción en el puente de mando mientras el navío se deslizaba hacia el mar. La enseña del *Audaz* ondeaba al viento con sus brillantes franjas diagonales del color de la cereza y del limón, los mismos colores que Bethany lucía en el pañuelo que llevaba cuidadosamente anudado al cuello.

Pulsó el botón del interfono.

–Puede encender el motor número uno, Boa.

–Encendiendo motor número uno, mi capitana –resonó la voz del corpulento hurón desde la sala de máquinas.

El sonido del motor de arranque rompió el silencio. Pronto, el motor de gasoil despertó con un repentino temblor estrangulado seguido de un atronador rugido que dio paso al rumor, más constante y silencioso, del motor esperando en punto muerto.

Bethany sonrió. El *Audaz* vuelve a la vida, pensó.

–Motor número dos.

–Encendiendo motor número dos, mi capitana.

En esta ocasión, el motor de arranque apenas se oyó, oculto tras el rumor del primer motor. Hasta que el segundo motor del *Audaz* se unió al primero con un atronador rugido, al tiempo que una pequeña nube de humo negro salía de la chimenea del buque. Bethany Hurón presionó la palanca de avance hacia adelante.

–Avante un cuarto –ordenó.

–A la orden, mi capitana –se oyó la voz de Boa por el interfono–. Avante un cuarto.

El barco tembló ligeramente cuando las hélices empezaron a girar.

–Soltad amarras –ordenó Bethany con voz tranquila tras accionar los altavoces de cubierta.

Los extremos de las amarras, arrojados al agua desde el buque, fueron recogidos rápidamente por los hurones que esperaban junto al muelle. Felices, los animales que habían contribuido a reparar el buque de salvamento gritaron con júbilo al verlo partir. Se sentían orgullosos por el tiempo récord en el que habían reparado el buque. Aunque también estaban agotados y esperaban no volver a ver a la teniente Bethany Hurón antes de poder tomarse un largo y merecido descanso.

En su primer viaje, el *Audaz* sólo navegó desde el dique seco hasta el muelle donde, a partir de aquel día, amarraría junto a los demás buques de la base.

Todavía quedaba mucho por hacer antes de que la nave estuviera lista para el servicio activo: había que acondicionar los camarotes para la tripulación y para los animales que rescatasen en las misiones de salvamento, había que elegir a los miembros de la tripulación y completar su correspondiente instrucción, y también había que someter, tanto al buque como a la tripulación, a sus primeros simulacros de rescate. En su lista, Bethany todavía tenía más de cien asuntos que resolver antes de que el *Audaz* pudiera participar en su primera misión de

salvamento.

–Atrás un cuarto –ordenó, al tiempo que hacía girar el timón hacia estribor.

–A la orden –respondió Boa–. Atrás un cuarto. Lentamente, el costado de estribor del *Audaz* se acercó al muelle, protegido por trozos de goma neumática. –Apagad motores.

–Motores apagados.

En silencio, el buque siguió avanzando, casi imperceptiblemente.

–Soltad amarras –ordenó Bethany.

Dos hurones saltaron al muelle para fijar las amarras.

Aunque su camarote tan sólo estaba a unos pasos del puente de mando, Bethany casi nunca lo utilizaba. Con la gorra inclinada hacia adelante hasta taparle los ojos y las coloridas franjas del pañuelo alrededor del cuello, se dejó caer sobre la manta que había en el suelo del puente de mando y, agotada, se quedó profundamente dormida.

Todavía quedaban muchos días de trabajo duro, pero ya se veían los resultados de su esfuerzo. Además, Bethany ya no tenía que animar a los demás hurones para que trabajasen día y noche. Ahora, lo más importante era encontrar a los cuatro marineros idóneos para formar la tripulación del buque. Había recibido más de treinta solicitudes. Incluso Boa, el corpulento jefe de los mecánicos que hacía tan sólo unas semanas había jurado que lo único que quería era una hamaca donde descansar en tierra firme, se había presentado voluntario como jefe de máquinas del *Audaz*.

Los hurones que habían participado en la reparación del *Audaz* habían visto cómo Bethany imbuía el buque con su espíritu, devolviéndolo a la vida gracias a su perseverancia y su férrea voluntad. Sentían tal admiración por ella que, aunque sabían que sería muy exigente con los miembros de su tripulación –tres patas para el buque y tan sólo la cuarta para uno mismo–, la mayoría de ellos se habían presentado voluntarios para servir a sus órdenes.

En su camarote, Bethany estudiaba las solicitudes una y otra vez. Antes, los había entrevistado a todos, buscando a los hurones idóneos para formar parte de la tripulación del *Audaz*.

La última solicitud que había recibido era del alférez Vincent Hurón, quien, siguiendo los pasos de su hermana mayor, acababa de llegar a la base de Maytime tras licenciarse en la Academia de Oficiales del Cuerpo Hurón de Salvamento Marítimo.

Bethany suspiró profundamente y dejó la solicitud sobre la mesa. Si te embarcas conmigo –pensó–, algún día me veré obligada a dar una orden que ponga tu vida en peligro, Vink. No podría cargar con ese peso.

Decidida a rechazar la solicitud de su hermano, se quedó dormida, pero en sus sueños oyó la voz de Vincent: «Igual que has hecho tú, hermana, yo he elegido libremente esta vida. Si no embarco a tus órdenes, lo haré a las órdenes de otro, pero no por ello dejaré de arriesgar mi vida. Confío más en ti que en cualquier otro oficial del cuerpo. Trabajaré más duro que nadie. Haré todo lo que me pidas si me dejas embarcar contigo.»

En su sueño, Bethany se vio a sí misma rodeando el cuello de su hermano con el colorido pañuelo del *Audaz*.

## CAPÍTULO 3

Los diarios de Bethany no se dividían ni por días ni por meses. La teniente medía su vida por acontecimientos: temporales en el mar, misiones de salvamento, rescates... La primera fecha de importancia había sido el día del naufragio del *Mary Louise*, cuando rescataron ni más ni menos que a trescientos veintiocho animales, entre pasajeros, miembros de la tripulación y ratones polizones. Las siguientes fueron el día que remolcaron hasta puerto el *Queen Angela*, al que le habían fallado las hélices y, después, el día que salvaron a todos los animales que había a bordo del *Lydia Shepard*, antes de que el pesquero volcara y se fuera a pique.

Con cada nuevo temporal, cada vez que sonaban las sirenas de emergencia, tanto las tripulaciones de humanos como las de hurones corrían a sus buques, compitiendo por ser los primeros en zarpar, los primeros en alcanzar la embarcación que se hallaba en peligro. Los buques de los hurones eran más pequeños, pero también más ligeros, por lo que podían alcanzar más velocidad. Cuando el mar estaba en calma superaban fácilmente a los buques de los guardacostas, pero cuanto mayor era el oleaje, y con más fuerza soplaba el viento, mayor era también la destreza de la que debían hacer gala para alcanzar su objetivo antes de que lo hicieran los humanos.

A pesar de esta rivalidad, los buques de los hurones y de los humanos siempre colaboraban entre sí, remolcando a puerto las embarcaciones inutilizadas, y se mantenían en constante alerta para salvar a los naufragos al hundirse las embarcaciones.

Para Bethany, el suyo era el mejor trabajo del mundo.

Un día, cuando la temporada de tormentas estaba a punto de acabar, Bethany recibió unas órdenes sorprendentes del comandante de la base. La teniente abrió el sobre sellado y leyó la solitaria hoja con el ceño fruncido. La tripulación del *Audaz* debía prepararse para recibir a bordo a Chloe Hurón, una reportera que iba a escribir un artículo sobre el Cuerpo Hurón de Salvamento Marítimo. El comandante de la base confiaba en que la teniente trataría con la debida cortesía a su huésped y la hacía responsable de su seguridad y su bienestar durante su estancia en la base.

Bethany no podía creerlo. Sola en su camarote, dejó caer la hoja sobre su diminuto escritorio y apoyó la espalda contra su hamaca. Ya resultaba bastante difícil rescatar a naufragos aterrorizados que se arrojaban por la borda; ya era bastante difícil rescatar naufragos y embarcaciones en medio de grandes temporales, con olas más altas que los propios buques de salvamento, y, ahora, además de todo eso, iba a tener que hacer de niñera de una reportera entrometida.

Habría querido hablar con el comandante, pero le estaba tan agradecida por permitirle reparar el *Audaz* que se apresuró a enviarle una misiva comunicándole que estaría encantada de recibir a la reportera y que haría todo lo que estuviera en sus manos para proporcionarle una grata estancia.

Boa fue el primero en hablar cuando Bethany reunió a los cuatro miembros de su tripulación en cubierta y les comunicó sus nuevas órdenes.

—¿Se refiere a la famosa Chloe Hurón? ¿A la Chloe Hurón de Zsa-Zsa y las Go-Gos?

—No, no creo que sea ella —dijo Bethany—. Esa hurona es cantante, ¿verdad?

—¿No sabe quién es Chloe Hurón? Pero si es muy famosa, mi capitana —repuso Dhimine Hurón, la vigía de estribor del *Audaz*, que además era el miembro más joven de la tripulación—

. Zsa-Zsa y las Go-Gos son... ¡Son estrellas del rock! Y he leído que, además de cantar, Chloe también escribe reportajes para las revistas más importantes.

–Dhimine tiene razón, mi capitana –dijo Vincent Hurón, que siempre llamaba a su hermana por su graduación; teniente, cuando estaban en tierra, y capitana, cuando navegaban a bordo del *Audaz*. De hecho, de no tratarse de una tripulación tan reducida, nadie habría sospechado que eran hermanos–. Hace poco escribió un reportaje sobre los miembros del Cuerpo Hurón de Astronautas –siguió diciendo–. Al parecer, le gusta el riesgo. O puede que sólo quiera que lo parezca.

–A mí no me importaría nada que me cantase una canción romántica –intervino Harley Hurón.

Harley era el vigía de babor, además del animal más imprudente de la tripulación. Atractivo y travieso, su comportamiento siempre rayaba en el límite de lo permitido y, en ocasiones, incluso llegaba a saltarse el reglamento. Aun así, Bethany lo había elegido como miembro de su tripulación por su gran valor y su entrega, que le hacían arriesgar la vida una y otra vez para rescatar a los animales que se encontraban en peligro. En más de una ocasión había tenido que encubrirlo en circunstancias que habrían bastado para mandar al calabozo a cualquier otro hurón; si Harley todavía conservaba el pañuelo con los colores del *Audaz*, era gracias a su capitana.

–Por mí puede cantar todas las canciones que quiera, mientras no se entrometa en nuestro trabajo durante una misión de salvamento –repuso Boa.

Bethany asintió.

–Le contaremos las cosas tal como son y responderemos a todas sus preguntas –explicó Bethany–. Si quiere, incluso puede contarle alguna aventura, Harley, pero no exagere demasiado. Si nuestro huésped quiere asistir a algún simulacro de rescate, por mí no hay inconveniente. Puede verlo todo conmigo desde el puente de mando. Pero, cuando salgamos en misión de salvamento, ella se quedará en tierra.

Aunque Bethany no acostumbraba a subestimar a ningún animal, no podía ni imaginar por un momento de lo que era capaz una estrella del rock.

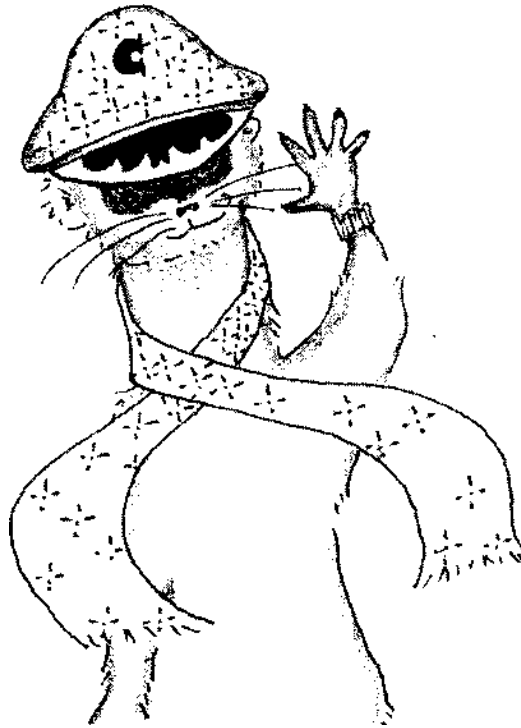
## CAPÍTULO 4

Llamaron a la puerta del camarote de Bethany, ni demasiado fuerte ni demasiado suave.

–Estoy buscando mi camarote –dijo la hurona con la que se encontró la capitana del *Audaz* al abrir la puerta. Era muy hermosa. Tenía el pelaje oscuro y cuidadosamente cepillado y los bigotes perfectamente peinados. Bajo un elegante sombrero de estilo marinero, que probablemente costase más de lo que la teniente ganaba en un mes entero, sus ojos brillaban inquisitivamente–. Me han dicho que éste es mi barco.

–Usted debe de ser Chloe Hurón –dijo Bethany a modo de respuesta, ofreciéndole una pata a aquella encantadora criatura–. Soy la teniente Bethany Hurón, capitana del *Audaz*. Bienvenida a bordo.

–¿No es usted demasiado joven para capitanear un barco? –Joven pero tenaz –contestó Bethany–. Al menos eso es lo que dicen.



La cantante la miró a los ojos, observándola con atención. Después sonrió con calidez.

–Estoy segura de que seremos buenas amigas.

Bethany asintió, al tiempo que le devolvía la sonrisa a su invitada.

–Estoy segura de que así será...

Siempre que cumpla el reglamento, por supuesto.

–Así lo haré, capitana. Le doy mi palabra. Y, ahora, si no le importa, me gustaría ir a mi camarote.

–Por supuesto, señorita Chloe. Se alojará cerca del buque. En tierra, claro está. Le hemos preparado la suite que reservamos para los oficiales de más alta graduación. Le aseguro que

allí estará mucho más cómoda que a bordo del *Audaz*.

–Llámeme Clo, por favor –intervino la cantante–. Pero debe saber que no acostumbro a dormir en suites cuando trabajo en un reportaje. Prefiero vivir la experiencia de cerca, conocerla de primera mano. No quiero ser una mera observadora; quiero participar.

–De todas formas, creo que tendrá que alojarse en la suite. Los únicos camarotes libres que hay a bordo son los que reservamos para los náufragos que rescatamos en las misiones de salvamento, y créame cuando le digo que no son precisamente cómodos. De hecho, apenas si tienen cuatro paredes desnudas.

–Con eso me bastará –se apresuró a decir Chloe–. Después de dejar mi equipaje en el camarote, me gustaría conocer a los miembros de su tripulación.

Bethany se encogió de hombros, condujo a la hurona a la escotilla de proa y, juntas, descendieron por la escalerilla. Una vez abajo, Bethany abrió la puerta que había a su derecha y apretó el interruptor de la luz.

–Ya le he dicho que no era gran cosa.

–Gracias. Estaré perfectamente –repuso la reportera–. No he venido a descansar; he venido a vivir la vida de un hurón de salvamento marítimo.

Bethany no pudo evitar sonreír ante la audacia de su huésped.

–Estaremos encantados de mostrársela. Al menos en gran parte. La rutina diaria, los simulacros de salvamento... Aunque, por supuesto, no podrá acompañarnos cuando salgamos en una misión de rescate. Estoy segura de que lo entenderá.

–Sé que el reglamento lo prohíbe –dijo Chloe–. No es posible garantizar la seguridad de un observador durante una misión. Además, supongo que se necesita todo el espacio disponible para alojar a los náufragos.

–En efecto. La temporada de tormentas está a punto de terminar, pero creo que nuestros simulacros le parecerán suficientemente realistas.

No hacía falta decir nada más. Las dos huronas habían dejado perfectamente claras sus intenciones. Hubiera acabado o no la temporada de tormentas, Chloe Hurón había venido a escribir un reportaje sobre una misión de rescate y para ello tenía la intención de intervenir personalmente en una. Por su parte, Bethany estaba dispuesta a encerrarla con llave en tierra firme, si era necesario, para evitar que pusiera en peligro las vidas de otros animales.

Y, aun así, la joven teniente sabía que el reportaje que iba a escribir la estrella del rock sería beneficioso para el cuerpo, pues sería leído por miles de cachorros que todavía debían decidir cuál sería su futuro y quizá, entre ellos, hubiera alguno que quisiera dedicar su vida a salvar la de otros animales.

Volvieron a cubierta en el preciso momento en que Boa se disponía a bajar a la sala de máquinas. El corpulento jefe de máquinas saludó a su capitana y a la hermosa hurona que la acompañaba antes de continuar su camino.

Chloe volvió la cabeza y siguió con la mirada al corpulento hurón.

–¿Quién es? –le preguntó a Bethany en cuanto consiguió recuperar el aliento.

–Boa es nuestro jefe de máquinas –contestó ella–. Si no fuera por él, ni usted ni yo estaríamos aquí.

La estrella del rock volvió a darse la vuelta, pero el corpulento hurón ya había desaparecido por la escotilla.

–¿Cuál es su relación con él, capitana? –preguntó.

Normalmente, Chloe habría sido más discreta, pero Boa le había causado tal impresión que no había podido permanecer callada.

Sin poder creer lo que oía, Bethany dejó escapar una carcajada. ¿De verdad pretendía escribir un reportaje serio haciendo ese tipo de preguntas?

–La misma que con todos los miembros de mi tripulación –contestó finalmente–. Confío ciegamente en Boa.

–Es un hurón realmente atractivo –dijo Chloe mientras meneaba la cabeza de un lado a otro; parecía sorprendida de sí misma.

A medida que fueron pasando las horas, Bethany descubrió que la compañía de Chloe Hurón no tenía por qué resultar desagradable. Una criatura extraña, pensó al darse cuenta de que su primera impresión podía haber sido equivocada. Por una parte estaba llena de vida y era atractiva, abierta y carismática. Por otra, parecía tímida, incluso algo temerosa.

–Después de usted –dijo Bethany cuando, varias horas después, se detuvieron frente a la puerta del comedor de la base–. Nuestra mesa está a babor... Eso quiere decir a la izquierda –le aclaró a su huésped.

Pero la hermosa Chloe pareció dudar antes de entrar. –Un momento –dijo mientras su cuerpo se estremecía con un escalofrío.

–¿Está usted bien? –le preguntó Bethany, que no podía entender qué le ocurriría.

–No es nada –respondió Chloe respirando hondo–. Sólo necesito unos segundos para prepararme –le explicó con una tímida sonrisa de disculpa–. Por mucho que quiera a todos los animales, a veces me siento asediada por ellos y necesito alzar una especie de muro para protegerme. Por eso, en momentos como éste, necesito recordarme que ha llegado la hora de derribar esos muros.

Entonces enderezó los hombros, respiró hondo y entró en el comedor de la base caminando como si estuviera desfilando para los fotógrafos de la revista *Rolling Castor*.

De pronto, el silencio se adueñó por completo del comedor. Más de un centenar de rostros se volvieron hacia la puerta, mirando a Chloe sin poder creer lo que veían sus ojos.

¿Chloe Hurón? ¿Chloe Hurón en carne y hueso? ¿La estrella del rock en el comedor de la base de salvamento?

Durante unos segundos reinó un tenso silencio en el comedor. Bethany tenía la sensación de que en cualquier momento podía producirse una estampida de admiradores.

–La señorita Chloe aprecia vuestra atención –dijo con autoridad–. Y, ahora, podéis seguir comiendo.

Después condujo a Chloe hasta la mesa que había debajo de un letrero, resplandeciente como el escudo de un caballero, con brillantes franjas de color cereza y limón y letras negras en las que podía leerse: «J-IOI, *Audaz*.»

Tras la confusión inicial, poco a poco, las voces volvieron a resonar en las paredes del comedor, aunque, ahora, todas las conversaciones giraban en torno a la hurona que acababa de cruzar la puerta. Si, la fama puede ser dulce –pensó Bethany–, aunque en exceso debe de ser empalagosa.

El alférez Vincent Hurón, que conversaba tranquilamente con sus compañeros, se levantó al ver llegar a su hermana.

–Tripulación, ¡atención!

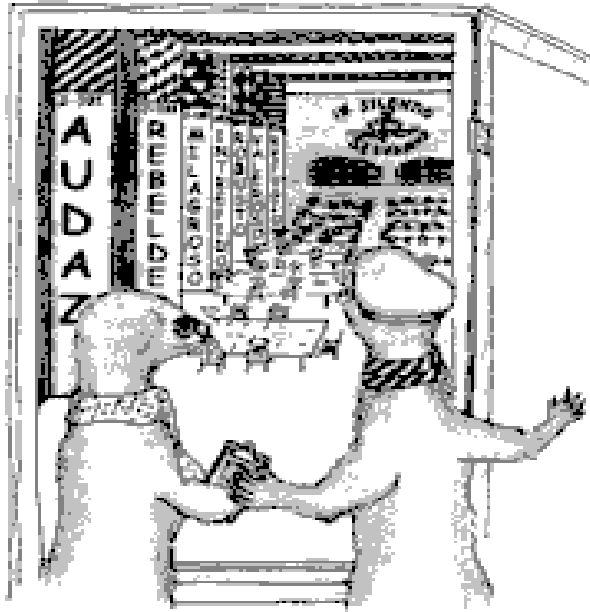
Los cuatro animales enderezaron los hombros y permanecieron en silencio, sin mover un solo músculo.

–Descansen –dijo Bethany.

Después ocupó su puesto en la cabecera de la mesa y señaló la silla vacía que había a su

derecha, ofreciéndosela a su invitada.

–Ya conocen a Chloe Hurón –dijo–. Ella, sin embargo, no los conoce a ustedes.



Su hermano se levantó y saludó a la estrella del rock con un movimiento de cabeza.

–Primer oficial Vincent Hurón, señorita. Es un honor tenerla entre nosotros.

El jefe de máquinas, que prácticamente doblaba en tamaño al primer oficial, se levantó pesadamente.

–Creo que ya nos conocemos. Puede llamarme Boa, señorita.

–Yo soy Harley –anunció el vigía de babor del *Audaz*, mirándola a los ojos durante más tiempo del correcto.

–Yo soy Dhimine –dijo con voz temblorosa la más pequeña de la tripulación al tiempo que bajaba la mirada.

–La mejor tripulación de toda la base –señaló Bethany sin disimular el orgullo que sentía.

–Entonces he encontrado el sitio que buscaba –repuso Chloe–. Quiero saberlo todo sobre su tripulación, capitana.

Un tenso silencio se apoderó de la mesa durante unos instantes.

–No podemos quejarnos de la comida –dijo finalmente Boa, al tiempo que levantaba la fuente de fettucini al limón con una pata y la ensaladera con la otra, ofreciéndoselas a Chloe con una sonrisa en los labios.

La estrella del rock le devolvió la sonrisa.

–¿Dice que quiere saber lo que hacemos? –intervino Dhimine con timidez–. Es muy simple. Realizamos simulacros, simulacros y más simulacros.

Harley asintió mientras se servía un plato lleno de fettucini.

–Ya tendrá tiempo de verlo. Los simulacros de día no son demasiado difíciles, pero resultan bien distintos por la noche. Cuando está lloviendo, los focos sólo alcanzan a iluminar unos treinta metros, y todavía menos cuando nieva.

Imagínese una noche con rachas de viento de hasta fuerza nueve, con enormes olas rompiendo por encima del buque...

–¿Más guisantes, Harley? –interrumpió Bethany a su vigía de babor con una sonrisa. Él se

llevó una pata al pecho e inclinó la cabeza con galantería, aceptando las tiernas verduras.

–¿Es muy peligroso? –preguntó Chloe sin disimular su entusiasmo.

–La verdad es que no –intervino Boa mientras mordía una zanahoria–. Pero algunos hurones tienden a exagerar las cosas cuando quieren impresionar a una dama –continuó diciendo con una sonrisa mientras miraba a Harley.

–Me temo que nuestro jefe de máquinas tiene razón –dijo Bethany–. La mayor parte del tiempo no ocurre nada; tan sólo misiones de rutina. ¿Verdad, Harley?

El vigía de babor asintió, escarmentado.

–Sí, así es –respondió, sin apartar los ojos de la hermosa hurona–. La mayoría de las veces sólo remolcamos embarcaciones extraviadas o que se han quedado sin combustible, o recogemos a algún enfermo que necesita atención médica. Como ve, lo cierto es que no es demasiado emocionante. Casi siempre se trata de misiones rutinarias, como dice la capitana.

Harley observó su plato y comió un poco de maíz tierno.

–Casi siempre... –dijo Chloe con una sonrisa que habría bastado para derretir al más frío de los hurones–. Pero no siempre, ¿verdad?

Harley levantó la mirada y se encogió de hombros.

–No, no siempre.

–Es verdad –intervino Dhimine–. También están los simulacros, señorita Chloe. Cada buque se esfuerza por ser el primero en alcanzar el lugar del supuesto rescate y en localizar a los náufragos.

–Siempre corriendo –le explicó Bethany mientras le servía un vaso de agua–. Pero no se preocupe, si no ha traído un cronómetro le prestaremos uno de los que tenemos a bordo.

La reportera levantó la cabeza y miró a su alrededor. Sobre cada mesa del comedor había un cartel con el nombre del buque correspondiente y todos los animales llevaban al cuello brillantes pañuelos de seda con los colores de su tripulación.

J-131, *Rebelde*: rayos amarillos y azules.

J-139, *Milagroso*: triángulos rojos y verdes.

J-143, *Intrépido*: lunares verdes y amarillos.

J-160, *Robusto*: diamantes blancos y negros.

J-166, *Valeroso*: cuadros azules y blancos.

J-172, *Refugio*: franjas doradas y negras.

Chloe se preguntó cómo debía de sentirse un náufrago, aterrorizado, rodeado de gélidas y negras aguas, al ver aparecer un buque con uno de esos nombres entre la oscuridad. Ése podía ser un buen principio para su reportaje.

–Supongo que todas las tripulaciones estarán formadas por expertos marineros –susurró–. Y que sólo los mejores llegan a convertirse en hurones de salvamento. Boa asintió.

–Puede estar segura de ello –dijo–. Le aseguro que, a ojos de las pobres criaturas que rescatamos, no hay ningún animal que pueda compararse con un hurón de salvamento.

## CAPÍTULO 5

Después de la cena, Chloe se disculpó por el tiempo que había pasado firmando autógrafos. Ni siquiera había probado su pera rellena al horno y apenas le había dado un mordisco al bizcocho a pesar de su maravilloso aroma. Finalmente, Chloe y los miembros de la tripulación del *Audaz* caminaron de vuelta hacia la embarcación. La luna se reflejaba en el agua junto a la luz de las farolas. Había marea baja. El aire olía a sal y a mar.

Antes de subir a bordo, Dhimine le preguntó a Chloe si pensaba escribir una canción sobre el *Audaz*.

—No, no voy a escribir una canción —contestó ella—. Voy a escribir un reportaje. Siempre me ha interesado saber cómo viven los hurones de salvamento. Hay muchos hurones que se preguntan cómo es el día a día de los hurones de salvamento y yo se lo voy a contar.

—Yo, en cambio, siempre me he preguntado cómo debe de ser la vida de una estrella —señaló Dhimine—.

¿Qué se debe de sentir al formar parte de un grupo como Zsa-Zsa y las Go-Gos y convivir con Mistinguette o con Zsa-Zsa? ¿De verdad son ustedes como las describen en la revista *Hurones célebres*?

Chloe se rió.

—En la prensa no siempre se cuenta toda la verdad —repuso—. Todo el mundo cree que Zsa-Zsa es una hurona alocada, pero la verdad es que lo que más le gusta en el mundo es leer. Sobre todo lee libros de historia y arqueología. Le encantan las cosas antiguas. Siempre dice que «la historia son los hurones del pasado llamando a los hurones del presente».

Harley pareció atragantarse.

—No lo dirá en serio, ¿verdad? ¿Zsa-Zsa lee libros de historia?

—Es una verdadera enciclopedia andante —dijo Chloe ante la incredulidad de los demás—. Y Mistinguette... Misty tiene un corazón tan grande como el mar. Es una romántica empedernida. Siempre está componiendo canciones, cantando y bailando, pero, sobre todo, soñando con su príncipe azul: ese hurón que comparta su vida y que la ayude a cambiar el mundo.

Una suave brisa susurró la llegada del verano.

—¿Y qué cree que dirían ellas de usted si estuvieran aquí, Clo? —preguntó Bethany.

La hermosa hurona frunció el ceño durante un instante. —Dirían que siempre estoy yendo de un lado a otro —respondió finalmente—, que soy muy inquieta, que estoy buscando algo que todavía no he encontrado.

Al subir a bordo, a modo de saludo, los cinco miembros de la tripulación tocaron la visera de sus gorras con una pata al tiempo que miraban la enseña del Cuerpo Hurón de Salvamento Marítimo que ondeaba sobre el puente de mando. Detrás de la enseña se abría la noche. Las estrellas resplandecían despreocupadas en el cielo.

Tras despedirse de los demás, Bethany acompañó a la estrella del rock hasta su camarote.

—¿Y qué es exactamente lo que está buscando, Chloe? —le preguntó al llegar a la puerta.

—No lo sé —contestó ella mirándola como se mira a una amiga—. ¿Conoce esa belleza que supera todo aquello cuanto podamos imaginar? Sé que existe, y alguna vez quisiera sentirla.

## CAPÍTULO 6

Durante las siguientes semanas, Bethany descubrió que Chloe Hurón no era una de esas reporteras que se van en cuanto encuentran suficiente material para su reportaje. Al contrario, Chloe pasaba día tras día con los miembros de la tripulación, sacándole brillo al *Audaz*, escuchando, observando cada detalle mientras los demás comprobaban una y otra vez el buen funcionamiento de todos los sistemas de navegación.

Todos los días, durante la inspección de rutina, Chloe se colocaba detrás de Bethany en el puente de mando y escuchaba en silencio mientras la capitana del *Audaz* daba las órdenes por el interfono.

–Vigía de estribor, proceda con la inspección de rutina, por favor.

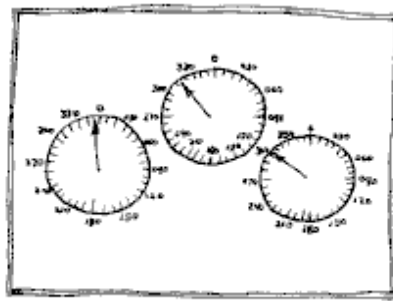
–Foco principal encendido –se oía la voz de Dhimine por el interfono al tiempo que la cegadora luz del foco bañaba la cubierta–. Foco principal apagado. Foco secundario encendido. Foco secundario apagado. Bengalas, cohetes, marcadores de tinta y lanzadores de cabos. Todo dispuesto y asegurado. Luz verde en el circuito. Lancha salvavidas lista y asegurada. Alidada a noventa grados, a ciento ochenta grados...

Chloe observó como la aguja de uno de los indicadores del puente de mando saltaba de un punto de la circunferencia a otro al apuntar Dhimine hacia distintos puntos del horizonte con el instrumento que sujetaba en una pata.

–¿Qué es una alidada? –preguntó.

Bethany señaló hacia el indicador.

–Nos indica la situación de un punto determinado en tierra.



–... a doscientos setenta grados y a trescientos sesenta grados. Encendido alimentador de cámara automática. Tapa quitada y asegurada. Vigía de estribor listo para zarpar.

Bethany detuvo su cronómetro y anotó el tiempo en su cuaderno sin decir nada.

–Vigía de babor, proceda con la inspección, por favor –ordenó al acabar de escribir.

–Encendido foco principal –se oía la voz de Harley.

Bethany insistía en que cada miembro de su tripulación tuviera los conocimientos necesarios para desempeñar el trabajo de cualquier otro, en que, de ser necesario, todos ellos fueran capaces de capitanear el buque. De ahí que hiciera que cada miembro de la tripulación enseñase a los demás sus tareas.

Todos los días realizaban varios ejercicios de rutina, con Dhimine y Harley en el puente de mando, separando lentamente el costado del buque del muelle y capitaneándolo hasta mar abierto, donde Boa disparaba un cabo tras otro con el lanzador, hasta conseguir que el cabo de

rescate cayera sobre la pequeña pelota que flotaba, apenas visible, en la superficie.

Incluso Chloe, siempre atenta al menor detalle, tuvo la oportunidad de manejar el timón en alguna ocasión. También subía a los puestos de vigía, desde donde dirigía los focos hacia la oscuridad y, después de apagarlos, lanzaba una bengala al cielo para ver cómo descendía lentamente sujeta a su pequeño paracaídas.

«Es como hacer volar una gran corneta sobre el agua –escribió en una ocasión la reportera–. Con un simple movimiento de mi pata puedo convertir la noche en día durante dos minutos y catorce segundos.»

Pronto, Chloe llegó a sentirse capaz de gobernar la embarcación por sí misma si eso llegara a ser necesario alguna vez. Y, aun así, siguió estudiando. En el camarote de los naufragos los libros se amontonaban junto a su hamaca: *Historia del Cuerpo Hurón de Salvamento Marítimo*, *Estrategia y tácticas del salvamento de pequeños animales*, *Manual del hurón marino*, *Manual de mecánica naval*, *Pequeñas embarcaciones y grandes océanos*, *Embarcaciones de doble hélice*, *Héroes hurones*, *Increíbles historias del Cuerpo Hurón de Salvamento Marítimo...*

–Es usted un hurón afortunado, Boa –le dijo un día al fuerte hurón al bajar a la sala de máquinas–. Tiene un trabajo que le gusta y este barco es su hogar. ¿Sabe cuántos animales se pasan toda la vida buscando en vano aquello que realmente desean?

Boa se apartó del inyector que estaba engrasando y miró fijamente a la estrella del rock.

–No sabría qué decirle, señorita Chloe –contestó–. Yo sólo intento ser feliz.

Siempre se aprende de los errores –pensó la estrella del rock–, y, después, nada puede impedir que pongamos en práctica aquello que hemos aprendido.

–Nunca olvidaré lo que decía mi madre –le dijo Vincent una tarde cuando volvían a la base tras un simulacro de salvamento. Después permaneció unos instantes en silencio, mirando la espuma que levantaba la proa del *Audaz* en su avance–. Vink, solía decirme, si quieres encontrar a ese hurón en el que siempre puedas confiar, a esa criatura capaz de hacerte feliz cuando nadie más pueda hacerlo, sólo tienes que mirarte al espejo.

«Puedes aprender mucho sobre un animal si consigues averiguar qué le hace feliz», escribió Chloe una noche en su camarote.

Bethany era feliz uniendo a varios animales en un único cuerpo, poderoso y disciplinado, basado en el afecto y la confianza mutua, y midiendo las fuerzas de ese cuerpo contra los elementos. Ésa era la base de su éxito como capitana, pues un oficial necesitaba tener la seguridad de que el amor de su tripulación podría superar cualquier escollo y que, de ser necesario, cada miembro de la tripulación estaría dispuesto a arriesgar su vida para demostrarlo.

Mientras llenaba un cuaderno de notas tras otro, llegó a sentirse más como un miembro de la familia del *Audaz* que como un huésped.

Y lo cierto es que Chloe se había adaptado con tanta facilidad a la vida a bordo del *Audaz* que Bethany apenas si notó algún cambio.

Boa le había enseñado a hacer nudos y Chloe había practicado de forma incansable, hasta que fue capaz de hacer cualquier nudo, desde un ballestrinque hasta un as de guía, en cuestión de segundos.

A veces, Boa también le contaba historias de aventuras en el mar y siempre acababa cada historia diciendo la moraleja con vocecita de ratón: «Y ésa es la razón por la que nunca dejamos barriles de miel abiertos en la sala de máquinas.» Chloe se reía con tantas ganas que acababa dejándose caer sobre el fuerte hurón, incapaz de contener las lágrimas que la risa

hacía fluir hasta sus ojos.

–Gracias, capitana –le dijo un día Chloe a Bethany mientras navegaban a velocidad de crucero. Las dos huronas estaban solas en el puente de mando.

–¿Por qué, Chloe? –Sin esperar la respuesta, Bethany accionó el interruptor del interfono–. Avante tres cuartos.

–Avante tres cuartos, mi capitana –se oyó la voz de Boa por encima del ruido de los motores.

El ruido aumentó en la sala de máquinas. Un instante después, la proa del *Audaz* se levantó en el aire al aumentar la velocidad del buque. Inmediatamente se formó una brillante estela de agua a cada costado del *Audaz*, mientras el casco cortaba la negra superficie del mar.

–Gracias por aceptarme a bordo –dijo finalmente Chloe–. No estoy acostumbrada a tanta generosidad. Bethany sonrió.

–¿Cómo no íbamos a aceptarla, Clo? Se ha ganado con creces el cariño de todos.

Volvió a accionar el interruptor del interfono.–Vigías, atención a la entrada al canal.

–Aquí vigía de babor –dijo Harley–. Tengo contacto visual.

–Aquí vigía de estribor –dijo Dhimine–. Confirmado contacto visual.

–Vigía de proa confirmando contacto visual –se oyó la voz del alférez Vincent Hurón por el interfono.

Tres focos rompieron la oscuridad, iluminando la entrada al canal.



Bethany mantuvo el rumbo unos segundos más antes de virar a estribor para entrar en el canal. Podría haber hecho la maniobra con el piloto automático, pero la tecnología a veces fallaba y, cuando eso ocurría, tan sólo la experiencia y la habilidad podían gobernar un buque.

–Dicen que la fama es algo mágico –siguió diciendo Chloe–, pero a mí me parece que es como un muro y que yo siempre estoy en el lado equivocado. Haga lo que haga, nunca consigo hacer lo que se espera de mí. Diga lo que diga, nunca consigo decir lo que los demás quieren oír. Siempre decepciono a mis admiradores. No consigo darles lo que esperan de mí. A veces me gustaría que pensarán en *mí*, en cómo soy de verdad, en vez de verme como... como una especie de reflejo en un espejo de la imagen que ellos tienen de mí.

–Yo no la veo como un reflejo en un espejo –repuso Bethany–. Estoy segura de que Boa tampoco la ve así. Ahora que ha conseguido vencer su timidez, ni siquiera Dhimine la ve así.

Confía en usted, Clo. Hasta le confiesa sus secretos...

–Por eso quena darle las gracias, capitana.

Bethany se llevó una pata a la visera de su gorra, desteñida y avejentada por el sol, el agua y el salitre del mar.

–Estamos aquí para ayudar –dijo finalmente.

Así, pasaron los días, hasta que Bethany llegó a olvidar que la disciplina de Chloe Hurón no era producto del adiestramiento que recibían los hurones de salvamento, sino de su propia determinación. Así, con el tiempo, la capitana del *Audaz* llegó a ver a la estrella del rock como a un miembro más de su tripulación.

## CAPÍTULO 7

El 17 de abril, el *Explorador*, un buque humano dedicado a la investigación científica, dejó atrás el golfo de Alaska siguiendo a unas ballenas grises en sus movimientos migratorios hacia el oeste de Canadá. Era la última etapa de un largo viaje lleno de descubrimientos.

A bordo viajaban un gato de varios colores, un perro pastor de Shetland, un papagayo de Indonesia, setenta y seis ratas de barco y treinta y cinco ratones que se habían embarcado en busca de grandes aventuras. Además, había cuarenta y cuatro personas, entre miembros de la tripulación y científicos; todos ellos llenos de preguntas sobre los cielos y los océanos. Al igual que ocurre con las redes en los barcos de pesca, poco a poco, los ordenadores se habían ido llenando de respuestas. También había contenedores en los que se guardaban muestras de todo tipo de pequeños organismos vivos encontrados en los lugares más remotos del mundo: desde las inaccesibles selvas de Malasia hasta los rincones más profundos de la fosa de Filipinas. Realmente, aquel buque transportaba un grito desesperado de socorro de todas aquellas criaturas que dependen de los océanos para sobrevivir.

Al principio, en la imagen del satélite, la borrasca que se aproximaba desde el oeste mientras el buque navegaba a la altura de la isla de Vancouver no era más que un pequeño rizo, un insignificante apóstrofe en un viaje que pronto concluiría con éxito. Nadie, ni en tierra ni a bordo, imaginaba que aquella borrasca pudiera tener la menor importancia.

Cuatro días después, el *Explorador* luchaba contra vientos de fuerza ocho y gigantescas olas a pocas millas de la base de Maytime. Una y otra vez, la proa del *Explorador* se levantaba sobre las olas y permanecía suspendida en el aire antes de volver a caer violentamente contra el mar, hasta que las juntas del casco empezaron a ceder y las bombas de achique ya no bastaron para extraer el agua que amenazaba con inundar la embarcación. Poco después de medianoche, el *Explorador* solicitó a la base de Maytime la presencia de un buque patrulla de los guardacostas como medida de prevención hasta que amainase la tempestad.

Minutos más tarde, cuando el buque fue levantado violentamente en el aire por una ola descomunal, un atronador chirrido de acero se elevó por encima del ruido de la tempestad. Sometido a una presión insoportable, el eje de la hélice de estribor se había partido y había perforado el casco del buque. El agua empezaba a inundar la embarcación. Entonces, la solicitud de un buque patrulla se convirtió en una llamada de auxilio.

—*¡Mayday, Mayday, Mayday! ¡Aquí el Explorador!* Hemos perdido la hélice de estribor. No podemos gobernar el buque. La bodega de proa y la sala de máquinas se están inundando. Estamos a tres millas del arrecife de las Morenas. Tenemos cuarenta y dos almas a bordo. *¡Mayday, Mayday, Mayday! Aquí el Explorador.*

Aunque, justo en ese momento, la tempestad arrancó la antena del barco, interrumpiendo la transmisión, el mensaje había llegado a su destino y el sonido de las sirenas ya cortaba la noche en la base de Maytime.

Medio dormida, Bethany Hurón saltó de la hamaca y corrió hasta el puente de mando del *Audaz*. Encendió el interfono y respiró hondo para ocultar el temblor de su voz.

—Sala de máquinas. Arrancad motores.

Sin esperar a oír la respuesta de Boa, pues no le cabía la menor duda de que su jefe de máquinas ya estaría esperando sus órdenes en la sala de máquinas, accionó los altavoces de la cubierta.

—Tripulación de cubierta, todo el mundo a sus puestos —ordenó—. Esto no es un simulacro.

Repito: no es un simulacro.

Amplificada, su voz resonó por todo el buque mientras los tripulantes corrían a ocupar sus puestos.

–Chloe Hurón, abandone el buque inmediatamente. No hay tiempo que perder. ¡Tiene que abandonar el buque inmediatamente!

Al oír la sirena, la estrella del rock se había despertado sumida en un mar de confusión. No entendía lo que ocurría. Bethany le ordenaba que abandonara el buque. Pero... no era posible. ¡Nadie podía salir a mar abierto con aquella tempestad! Chloe se levantó de la hamaca sin poder creer lo que estaba ocurriendo. Era una locura. Ningún animal en su sano juicio se atrevería a...

Los motores rugieron al cobrar vida bajo sus pies.

–Listos para soltar amarras –se oyó la voz de Bethany por los altavoces.

Chloe corrió hasta la escalerilla y subió a la cubierta.

–Soltad amarras de proa.

Pero al llegar arriba, la estrella del rock se detuvo, incapaz de moverse. Estaba aterrorizada. En teoría, la temporada de tormentas ya había acabado. Además, los ejercicios de simulacro casi siempre se hacían con buen tiempo.

Bethany seguía llamándola con insistencia.

–Chloe, por favor, abandone inmediatamente la embarcación –volvió a oír la voz de Bethany a través de los altavoces. Y, después, con impaciencia–: ¡Clo, baje inmediatamente del buque!

Pero Chloe no podía moverse. No podía creer lo que estaba ocurriendo. Debía de estar soñando.

–Soltad amarras de popa. Atrás un cuarto –ordenó Bethany.

El *Audaz* empezó a alejarse del muelle. Chloe sintió el movimiento bajo sus pies. ¡No podía ser! ¡Ningún buque podía salir al mar con esa tempestad! Mientras oía las órdenes de Bethany, sujetándose con fuerza al pasamanos, Chloe tenía la sensación de que aquello no estaba ocurriendo realmente, de que la hurona que estaba allí no era ella, sino otra a la que ella veía desde la lejanía.

–Avante un cuarto. Tripulación, asegura arneses –siguió ordenando Bethany–. Encendiendo foco de proa. Avante media... Avante tres cuartos.

La proa del *Audaz* empezó a cabecear sobre las olas, ganando velocidad a medida que se alejaba de la base.

Al darse cuenta de que ya era demasiado tarde para desembarcar, Chloe bajó a su camarote y se puso el chaleco salvavidas. Estaba temblando.

Desde el puente de mando, Bethany dirigía el *Audaz* hacia el corazón de la tempestad, la peor que había visto desde su llegada a la base de Maytime.

–Vigías de estribor y de babor, encended focos principales y dirigidlos hacia proa.

«Simulacros, simulacros y más simulacros», había dicho una vez Dhimine. Ahora era su voz la que sonaba por los altavoces, dirigiéndose con tranquilidad a su capitana:

–Foco principal, encendido. Foco secundario, encendido. Foco secundario, apagado. Bengalas, cohetes, marcadores y lanzadores de cabos. Todo dispuesto y asegurado. Luz verde en el circuito...



Bethany escuchó en silencio la inspección de cada uno de los miembros de su tripulación. Después señaló la posición del *Explorador* en la carta de navegación, trazó el mejor rumbo posible hasta el objetivo y preparó el piloto automático, aunque finalmente no lo puso en funcionamiento, pues prefería ser ella misma quien gobernase el *Audaz*.

La lluvia chocaba enloquecida contra los cristales del puente de mando. Bajo los focos, a barlovento, sólo se veía la espuma de las olas rompiendo contra la costa mientras el *Audaz* navegaba hacia mar abierto.

Esto no va a ser fácil –pensó Bethany. Ya estaba planeando su maniobra de aproximación al buque en apuros, visualizando cada movimiento–. Si nos mantenemos a sotavento del barco, lo más cerca posible de la proa, dejaremos sitio para que los guardacostas realicen el rescate por la popa, aunque eso nos dejaría entre el buque y los arrecifes, con lo que apenas tendríamos tiempo para rescatar a los animales. En cambio, si nos situamos a barlovento, aunque tengamos más espacio para maniobrar, tendríamos que luchar contra el oleaje.

–Aquí *Robusto* llamando a *Audaz*. Navegamos por el canal, rumbo a mar abierto. No tenemos contacto visual con vosotros. ¿Cuál es vuestra posición?

–Encended focos secundarios y dirigidlos hacia popa –ordenó inmediatamente Bethany a sus vigías.

Un instante después, dos brillantes focos iluminaban la estela del buque mientras éste avanzaba hacia mar abierto.

Bethany cogió el micrófono del interfono para dirigirse al capitán Chester, un hurón canadiense que estaba destinado temporalmente en la base de Maytime.

–Aquí *Audaz* llamando a *Robusto*. Estamos a punto de salir del canal. Deberíais ver nuestros focos.

Hubo un largo silencio.

–Sigo sin veros, Bethany –respondió finalmente el capitán del *Robusto*–. ¿Cuál es vuestra velocidad? –Cuarenta nudos.

De nuevo, un largo silencio.

–Te veré en la zona del rescate –dijo al fin el hurón canadiense.

Durante unos segundos, cuando el *Audaz* llegó a mar abierto, Bethany pensó que iban a naufragar. El mar parecía un paisaje lunar. Donde ahora se elevaba un descomunal muro de

agua, un instante después se abría un gigantesco cráter de espuma. Como inmensos martillos, las olas caían sobre la cubierta del *Audaz*, golpeándolo con tanta fuerza que amenazaban con aplastarlo. Ningún buque podía navegar a tanta velocidad por un mar así.

–Reducid la marcha a veinte nudos –exclamó por el interfono.

–Veinte nudos, mi capitana –se oyó la voz de Boa. Unos segundos después, el impacto de los golpes del mar empezó a disminuir al tiempo que lo hacía la velocidad.

–¿Alguna novedad, vigía de proa? –preguntó Bethany.

–Sin novedad en proa –contestó Vincent mientras observaba las cimas de las olas con sus prismáticos de visión nocturna–. Aún no se divisa el buque.

Te quiero, Vink, pensó Bethany.

–Atención, vigías. Estamos a tres millas de la última posición transmitida por la embarcación de los humanos. El tiempo estimado de llegada es de doce minutos. Podría ser bastante menos si el oleaje empuja la embarcación hacia nosotros. Hemos perdido el contacto por radar. ¡Permaneced atentos!

## CAPÍTULO 8

El *Explorador* se inclinaba peligrosamente. Aunque no era el mayor de los roedores de a bordo, Jasper Rata había pasado más tiempo navegando que ningún otro animal. Y por eso todos los demás acudían a él, aterrorizados. ¿Por qué gemía de esa manera el casco del buque? ¿Por qué se inclinaba así la cubierta? ¿Por qué se estaban llenando de agua las bodegas?

—No os preocupéis, no va a pasar nada —dijo—. Estamos cerca de la costa y, si realmente el buque corre peligro, no tardarán en venir a rescatarnos. Seguro que nos remolcan hasta el puerto más cercano. —Después guardó silencio mientras observaba la ansiedad que se reflejaba en los rostros de sus compañeros. Había más de cien roedores a su alrededor. Los ratones más pequeños temblaban de miedo—. Si el agua llega a la cubierta B, es posible que el buque se hunda —continuó diciendo—, pero a nosotros no nos pasará nada. Lo mejor es que todos vayamos a proa y esperemos donde se guarda la cadena del ancla. Desde allí podremos salir rápidamente por el escobén. Yo llevaré a Sammy. Los hurones de salvamento necesitarán nuestra ayuda para evacuarnos.

—¿Y si los hurones no llegan, Jasper?

—Los hurones siempre llegan.

El ratón se estremeció.

—¿Pero y si esta vez no llegan a tiempo?

—Entonces saltaremos al agua y nadaremos hasta la costa.

—¿Pero yo no sé nadar, Jasper!

—No te preocupes. Yo te cogeré de la pata; saltaremos juntos.

—Yo tampoco sé nadar... —se oyó otra voz.

—Basta ya de lamentos. Cuando un buque corre peligro, los hurones siempre llegan a tiempo y salvan a los animales —repuso Jasper con firmeza—. Y cuando llegue la cesta de rescate no quiero que nadie intente adelantarse a los demás. No quiero carreras ni escenas de pánico. Quiero que los más pequeños bajen los primeros y que los demás esperéis a que llegue vuestro turno. Después de los más pequeños, irán los ratones y después los demás animales. Las ratas seremos las últimas en abandonar el barco. Y, recordad, nadie debe saltar al agua si yo no lo ordeno.

—¿Rescatarán también al gato?

—Rescatarán a todos los animales. Pero no os preocupéis, el gato no nos hará daño mientras el buque esté en peligro. Ésa es la ley del mar. —Ya no quedaba tiempo para más preguntas—. Vamos, Sammy.

De vuelta en su camarote, Chloe Hurón se había tumbado en la hamaca, pues, aunque los hurones no suelen marearse, pueden pasar tanto miedo como cualquier otro animal. Al menos, los demás tenían algo que hacer, pensó, un deber que cumplir. Ella sólo podía sujetarse a su hamaca y esperar a que todo acabase.

Nunca se había tomado demasiado en serio las historias que le contaba Harley sobre los temporales. Pero cuánto agradecía, ahora, en medio de esa tempestad, las pacientes explicaciones que le había dado Vincent sobre la robustez de los buques de salvamento, sobre lo poco probable que resultaba que uno de ellos llegara a hundirse. Vincent le había demostrado con dibujos y ecuaciones que era prácticamente imposible que una tempestad hundiera una embarcación del tamaño y las características del *Audaz*. Realmente no había ningún peligro mientras el buque se mantuviera lejos de los arrecifes y de los bancos de arena.

Lo único que podía hacer ella era esperar. Aunque, ya que estaba a bordo, al menos podía buscar algún sitio desde donde contemplar el rescate. Subió la escalerilla a trompicones y, antes de abrir la escotilla que daba a cubierta, cogió con una pata el gancho de seguridad de su arnés. Al salir, lo primero que debía hacer era engancharse al cable de seguridad que había justo detrás de la escotilla, tal y como le había enseñado a hacerlo Boa.

Mientras el buque se escoraba hacia estribor, Chloe giró la manivela y empujó la escotilla con fuerza. Un segundo después estaba en la cubierta, sumergida hasta las rodillas en remolinos de agua. Pero Chloe sabía lo que tenía que hacer. Por eso, cuando un nuevo golpe de mar la arrojó contra el suelo, arrancándole la gorra de la cabeza, ella ya había asegurado el arnés al cable de seguridad que atravesaba la cubierta.

Zarandeada de un lado a otro por el movimiento del buque, con el cable vibrando como la cuerda de una arpa, apenas capaz de mantener el equilibrio, la estrella del rock miró a su alrededor. Durante un instante de demencia, incluso disfrutó contemplando cómo la proa ascendía por una inmensa ola que parecía envolverse sobre sí misma, lista para aplastar el buque en cualquier momento. Un segundo después, el *Audaz* se deslizaba sobre la cresta de la ola, cortando la furiosa oscuridad con sus potentes focos.

Al ver cómo la proa se precipitaba hacia el vacío hasta volver a chocar contra el mar, Chloe se oyó gritar a sí misma, fue un grito de terror y de entusiasmo al mismo tiempo. Detrás de ella, un muro de espuma negra se abalanzó sobre la cubierta, arrojándola una vez más contra el suelo.

¡Así que en esto consiste realmente ser un hurón de salvamento! –se dijo Chloe–. Y yo que creía conocerlos... ¡No sabía que pudieran existir criaturas tan valientes!

Corrió hasta la escalerilla que subía al puente de mando. En cuanto la ola desapareció al otro lado de la cubierta, se apresuró a soltarse del cable de seguridad, subió la escalerilla a toda prisa y entró en el puente de mando.

Al darse la vuelta, sorprendida por el ruido de la puerta al abrirse, Bethany vio a la periodista envuelta en el resplandor púrpura de las luces nocturnas.

–¡Clo! –exclamó–. ¡Sujétese fuerte!

La capitana del *Audaz* hizo girar el timón para enfilar la siguiente ola, que sin duda habría hecho volcar el buque de haberlo golpeado de costado.

Sin apenas aliento, Chloe Hurón se aferró a uno de los asideros que había en la pared mientras el buque se estremecía bajo el peso de la inmensa ola. A través del cristal reforzado, entre el resplandor de los focos, podía ver la musculosa silueta de Harley inclinándose hacia la tempestad, intentando divisar la embarcación en peligro desde su puesto de proa.

–¡Le dije que desembarcara! –exclamó Bethany. Después devolvió el timón a su posición inicial, dispuesta a encarar una nueva ola–. ¡Le di una orden!

Chloe se estremeció. Ya no se acordaba de la última vez que alguien le había hablado así.

–¡Lo siento! ¡Estaba asustada!

–Quédese exactamente donde está, Chloe... –La voz de Bethany desapareció tras el estruendo del mar al chocar contra el puente de mando–. No quiero que se mueva de aquí hasta que volvamos a la base.

De repente se oyeron unos chasquidos por el interfono. Un instante después escucharon la voz de Dhimine. –¡Buque a la vista, mi capitana!

Sorprendida, Bethany tardó unos segundos en reaccionar. El foco de la vigía señalaba hacia estribor, trazando una línea prácticamente perpendicular al buque. Una nueva ola levantó el *Audaz* y, por un instante, el radar captó una señal. ¡Algún tipo de gigantesca estructura se

alzaba entre ellos y los arrecifes de la costa!

—¡No puede ser! —exclamó Bethany—. ¡No es posible!

Pero lo era. Desprovisto de timón, el *Explorador* avanzaba de costado hacia los arrecifes, arrastrado por el viento y las olas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Chloe.

Bethany hizo girar el timón violentamente hacia estribor, poniendo rumbo hacia el buque en apuros.

—¡Se va a estrellar contra las rocas! —dijo y, sin perder un solo instante, seleccionó la frecuencia de salvamento en su radio—. Aquí *Audaz* llamando a base de Maytime. Hemos avistado el buque en peligro. La tripulación ha perdido el gobierno de la embarcación. La tempestad lo arrastra hacia la costa. Está a menos de una milla del arrecife de las Morenas. Procedemos a aproximarnos a su proa por el costado de barlovento. Anunciaremos nuestra llegada con lanzamientos de bengalas. —Después, se dirigió a Harley por el interfono—: Vigía de babor, necesito un poco de luz en el cielo.

Una estela de fuego surcó el cielo, convirtiendo la noche en día. Los tripulantes del *Audaz* pudieron ver por primera vez el pesado casco del *Explorador*. Las olas golpeaban violentamente su costado, inclinado el buque hacia sotavento.

—Atención todos los miembros de la tripulación —exclamó Bethany—. Nuestra misión consiste únicamente en salvar a los animales que pueda haber a bordo del buque. El *Explorador* no tardará en estrellarse contra los arrecifes; es demasiado tarde para intentar salvarlo. Listos para realizar maniobra de aproximación por barlovento —continuó diciendo—. Avante un cuarto, Boa.

En la sala de máquinas, Boa hizo retroceder lentamente la palanca, reduciendo la velocidad hasta que el motor se estabilizó en un suave ronroneo.

—Avante un cuarto —confirmó.

—Vigías —siguió diciendo Bethany—, dirigid focos a popa.

Chloe contuvo la respiración al ver la inmensa masa de agua que se elevaba detrás del buque, amenazando con devorar el *Audaz* ahora que éste había reducido su velocidad.

Bethany hizo girar expertamente el timón, equilibrando el buque, luchando contra el viento y la descomunal ola. Incluso habiendo reducido la marcha, la distancia que los separaba del gigantesco casco del *Explorador* cada vez era menor. Hasta tal punto que Bethany no tardó en ver la pesada cadena del anda, que descendía junto al casco hasta desaparecer bajo la superficie del mar. Pensó que el capitán del *Explorador* habría soltado las anclas para intentar detener el avance del buque hacia los arrecifes. Pero el mar era demasiado profundo y las anclas no llegarían a tocar el fondo hasta llegar a los arrecifes, y entonces ya sería demasiado tarde para evitar la colisión.

—Aunque el buque llegue a encallar, los náufragos no correrán peligro, ¿verdad, Bethany? —preguntó Chloe—. Lo que quiero decir es que...

—Si el buque encallara no se salvaría ni una sola vida —la interrumpió Bethany—. Todos, tanto los animales como las personas, morirían —continuó diciendo mientras calculaba en su mente la distancia que los separaba del buque y la fuerza del viento y de las olas.

Al cabo de unos segundos volvió a accionar el interfono. —Necesito otra secuencia de bengalas.

Harley lanzó inmediatamente una bengala, que surcó el cielo hasta convertir la noche en día. Segundos antes de que cayera al mar, Dhimine lanzó una segunda bengala.

Sin perder de vista en ningún momento la monstruosa ola que descendía hacia ellos, y antes

de que los alcanzara la próxima, Bethany hizo girar violentamente el timón hacia barlovento y el *Audaz* viró ciento ochenta grados con la ligereza de una veleta, hasta encarar el viento y las olas.

–Avante dos tercios, Boa. ¡Ahora!

–A la orden, avante dos tercios –se oyó inmediatamente la voz de Boa.

Las poderosas hélices rugieron hasta lograr contrarrestar el empuje de las olas y, finalmente, el *Audaz* se detuvo a escasa distancia del casco del *Explorador*. Bethany no tardó en ver a dos ratas en el escobén de estribor del gigantesco buque de investigación. Empapados por la lluvia y por las olas, los roedores esperaban la llegada del buque de salvamento. Ahora, las vidas de aquellos animales dependían de ella.

–Dhimine, Harley, necesito que lancéis dos cabos al *Explorador* para transportar la cesta de rescate –dijo la capitana del *Audaz*–. Apuntad hacia el escobén de estribor, donde están las dos ratas. No os precipitéis. Tomaos todo el tiempo que haga falta, pero necesito que acertéis a la primera.

Después miró hacia la proa con la mandíbula apretada con fuerza.

–Vink, prepárate para fijar la cesta en cuanto los cabos estén listos.

–A la orden –se apresuró a contestar su hermano con un tono de voz firme y decidido–. Todo listo en proa.

Dhimine disparó el primer cabo hacia el *Explorador*. Un instante después, Harley disparó el segundo.

En cuanto los cabos alcanzaron su objetivo, las ratas, que se habían resguardado detrás del escobén, se apresuraron a atarlos a la cadena del ancla.

Bethany accionó el interfono.

–¡Ahora, Vink!

Desde el puente de mando, vio cómo su hermano abandonaba su puesto sujetando un gran fardo. Un segundo después, una gran ola cayó sobre él y le arrastró por la cubierta. En cuanto consiguió recuperarse, Vincent se incorporó de un salto y, con el fardo que contenía la cesta plegada debajo de una pata, trepó a toda velocidad por la escalerilla que conducía al puesto de vigía de estribor, donde Dhimine había amarrado uno de los extremos del cabo de emergencia que ahora unía ambos buques.

Las dos ratas vitorearon a los hurones desde el *Explorador*.

–¡Qué os había dicho! –exclamó Jasper, haciéndose oír por encima del rugido de la tempestad–. ¿No os había dicho que vendrían?

Harley Hurón lanzó una nueva bengala hacia barlovento. Le habría gustado ser él, y no el alférez, quien llevara la cesta hasta el otro buque, pero ahora no había tiempo para lamentaciones, pues tenía que volver a cargar inmediatamente el lanzador de bengalas.

Con la cesta sobre los hombros, como si de una mochila se tratara, Vincent saltó sobre el cabo de salvamento y, sin dudar un solo instante, corrió hacia el *Explorador*.

Harley observó la maniobra preparado para acudir en ayuda del alférez si éste perdía el equilibrio y caía al agua.

Ocupada sosteniendo el timón del *Audaz*, Bethany prefería no mirar a su hermano. Aunque habían practicado la maniobra una y otra vez, transportar la cesta de salvamento en medio de una tempestad con ráfagas de viento de hasta fuerza ocho no era una tarea fácil. Ahora flojo, ahora tensándose con un chasquido capaz de arrojar al mar al animal más diestro, el cabo se comportaba como una criatura caprichosa y despiadada.

Pero, como si de un hurón equilibrista en la cuerda floja se tratara, iluminado por la luz de

los focos y las bengalas, Vincent corría hacia adelante, se detenía un instante, saltaba y volvía a correr. Hasta que, con la ayuda de las dos ratas, consiguió entrar en el escobén.

–Bien venido a bordo –le dijo Jasper–. ¿De cuánto tiempo disponemos, alférez?

Sammy miró a su amigo, sorprendido por la pregunta.

–Como mucho, de una hora –contestó Vincent mientras intentaba secarse el agua de la cara con una pata empapada–. Las anclas nos frenarán durante unos minutos cuando el buqué llegue a los arrecifes, pero ni siquiera eso podrá salvar al *Explorador*. –Sin perder un instante más, Vincent arrojó el fardo al suelo y empezó a montar la cesta de salvamento–. ¿Cuántos animales hay a bordo? –preguntó unos segundos después, mientras, ayudándose de una polea, colgaba la cesta de uno de los cabos que unían ambos buques.

–Más de cien –contestó una de las ratas al tiempo que miraba a las criaturas que se agolpaban aterrorizadas detrás del escobén–. La mayoría están aquí. ¡Primero los más pequeños! –ordenó a los roedores al cabo de unos segundos–. ¡Que se adelanten los ratones! Venga, ¡no tengáis miedo! ¡Ya están aquí los hurones de salvamento!

## CAPÍTULO 9

—Aquí el *Robusto* llamando al *Audaz*. Vemos vuestros focos. Solicitamos permiso para situarnos a vuestra popa.

Al ver cómo los primeros animales subían a la cesta de salvamento, Bethany se sintió más tranquila. Pero sabía que confiarse podía ser más peligroso incluso que la tempestad. En una situación así, el menor descuido podía pagarse caro.

—Permiso concedido —se apresuró a contestar—. Ya tenemos en funcionamiento una cesta de salvamento. La mayoría de los animales se han agrupado junto al escobén de estribor. Convendría que enviarais un equipo de salvamento a bordo del *Explorador* para hacer un reconocimiento del buque. Puede que haya más animales en algún otro sitio. Además, necesitamos otra cesta de salvamento. No tenemos mucho tiempo; el buque no tardará en estrellarse contra los arrecifes.

—Entendido, capitana. Parece ser que vamos a tener una noche movidita, ¿eh?

Bethany no pudo evitar que una sonrisa se dibujase en sus labios. Todavía no se había acostumbrado a que otros oficiales la llamasen capitana.

Bethany pulsó dos veces el interruptor del interfono en señal de asentimiento.

En el puente de mando, Chloe Hurón no podía permanecer quieta durante más tiempo.

—¡Tiene que haber algo que pueda hacer, Bethany! ¡Quiero ayudar!

Bethany sabía que lo apropiado habría sido encerrar a Chloe en su camarote, pues con una tempestad así no había nada que pudiera hacerse sin arriesgar la vida. Y, para sus admiradores, perder a la estrella del rock habría sido mucho peor que perder un buque humano de investigación. Aun así, lo cierto es que, durante los ejercicios, Chloe había trabajado con tanto entusiasmo como cualquier otro hurón de su tripulación. No, Chloe no era ninguna cobarde, pensó Bethany. Desde luego que no.

La cesta de salvamento estaba a punto de concluir su primer viaje con veinte aterrorizados ratones a bordo.

—Hay algo que podría hacer, Clo —dijo finalmente Bethany.

—Lo que sea —exclamó la estrella del rock, que casi no podía creer lo que acababa de oír—. ¡Haré lo que sea!

—Dentro de un momento, Harley abrirá la cesta de rescate junto a la escotilla de proa. Los ratones estarán muertos de miedo. No sabrán qué hacer ni adónde ir. Alguien tiene que tranquilizarlos. Baje a cubierta y llévelos a los camarotes de los naufragos. Asegúrese de que se acuesten en las hamacas. Díales que intenten descansar, que ya están a salvo. Eso es lo que quiero que haga, Clo. ¡Sería de gran ayuda para todos!

—¡A la orden, mi capitana! —exclamó. Inmediatamente después, se dirigió con paso resuelto a la puerta del puente de mando.

—¡El arnés, Clo! No olvide sujetarlo al cable de seguridad. ¡Y no se suelte hasta que esté en la escalerilla! —¡Así lo haré, mi capitana!

Bethany movió la cabeza de un lado a otro. Debo de haberme vuelto loca, pensó. Pero ya era demasiado tarde para volverse atrás.

Apenas habían pasado unos segundos cuando otra inmensa ola se abalanzó contra el buque y la cubierta se inundó una vez más. El muro de agua envolvió a Chloe, que apenas había tenido tiempo de sujetar su arnés al cable de seguridad, arrastrándola por la cubierta hasta hacerla impactar violentamente contra el pasamanos. Al desaparecer la ola por la borda, Chloe

se apresuró a levantarse y corrió hasta la escotilla. Al llegar, se soltó del cable de seguridad y desapareció por la escalerilla.

En el puente de mando, Bethany suspiró con alivio.

Atiborrada de roedores, la cesta de salvamento descendió boca abajo hasta la cubierta, donde Harley esperaba sujeto al cable de seguridad.

En cuanto estuvo a su alcance, Harley soltó las cinchas que mantenían la cesta cerrada. Los aterrorizados ratones rodaron hacia la escotilla.

—¡Ahí llegan sus primeros invitados, señorita! —gritó Harley al ver a Chloe esperando en la escalerilla. Después la saludó marcialmente.

Chloe sonrió y le devolvió el saludo con un gesto que a él le pareció encantador. Tan sólo unos instantes después, en cuanto bajó el último ratón, Harley cerró la escotilla y le hizo una señal a Vincent para que volviera a llevar la cesta al *Explorador*.

El inmenso buque de los guardacostas no tardó en llegar. Inmediatamente, los miembros de la tripulación aseguraron unos cabos de rescate a la popa del *Explorador* y, con la misma destreza que si se tratase de hurones, empezaron a trasladar a los humanos del *Explorador*. A los pocos minutos, y sin apenas incidentes, todos los humanos estaban a bordo del buque, que partió inmediatamente hacia la base tras transmitirles un mensaje a los hurones deseándoles buena suerte.

Esto es para lo que he nacido, pensó Bethany mientras se tomaba un segundo para disfrutar del desafío y el peligro de la misión de salvamento.

La cesta volvió a posarse en la cubierta del *Audaz* con los últimos ratones, el papagayo, el perro y el estoico gato empapado hasta los huesos. A bordo del *Explorador* ya sólo quedaban las ratas.

El agua seguía entrando en el casco del *Explorador* por el orificio que se había abierto donde antes estaba la hélice de estribor. Con las bodegas inundadas, el gran buque de investigación se hundía sin remedio. Bethany sabía que no quedaba mucho tiempo, pero todavía tenían que rescatar a aquellas valientes ratas.

En los camarotes de los náufragos, Chloe corría de un lado a otro, tranquilizando a los aterrorizados roedores. Como si de un ángel se tratara, parecía estar en todas partes al mismo tiempo, cubriendo a los animales con las mantas amarillas y naranjas de reglamento, ayudando a subir a las hamacas a los exhaustos ratones, reconfortándolos con palabras llenas de optimismo...

Un ratón marrón con manchas blancas en el hocico y en el pecho lloraba de forma inconsolable.

—¡Todo está perdido! ¡Todo está perdido! —se lamentaba.

Chloe lo arropó con una manta.

—No te preocupes —le dijo, intentando tranquilizarlo—. Aquí estás a salvo. A bordo del *Audaz* no corremos ningún peligro.

—No lo entiendes —repuso el ratón—. ¡Los compact disc! ¡Todo lo que averiguamos! Toda la información está a bordo. ¡Al hundirse el *Explorador*, toda esa información se perderá para siempre!

—Haréis otro viaje —respondió Chloe, arrodillándose a su lado.

—¡Ya no es posible! —exclamó el ratón—. Al principio pensábamos que ya era demasiado tarde, que todo estaba perdido, ¡pero después encontramos la solución! ¡Los océanos no

tienen por qué morir! ¡Toda la información está en los compact disc, y ahora se van a perder para siempre y ya no habrá solución!

Bethany Hurón se concedió unos segundos para pensar. Toda tempestad tiene su propia personalidad y durante el salvamento Bethany había llegado a conocer los caprichos de ésta. Cuando los cabos que unían ambos buques se tensaban demasiado, haciendo girar el timón conseguía que el temporal los empujara ligeramente hacia atrás, mitigando la tensión sobre los cabos. Después tenía que volver a enfilar las olas rápidamente para evitar que perdieran demasiada tensión y cayeran al mar con la cesta. Además, se había familiarizado con las secuencias del oleaje, hasta encontrar la posición exacta en la que debía mantener el buque para contrarrestar la fuerza de la tempestad. Pero, aun así, en ocasiones, los cabos descendían furiosamente hasta sumergirse en el mar o se tensaban con la fuerza del acero.

Sujetando el timón con fuerza, Bethany observó cómo la cesta regresaba con los últimos supervivientes. La misión de salvamento prácticamente había concluido.

Y fue entonces cuando lo vio, aunque al principio no pudiera creerlo. Agitó la cabeza con tanta fuerza que la gorra se le cayó al suelo. A pesar de la tempestad, un hurón acababa de subir al cabo de salvamento lanzado desde el puesto de vigía de estribor. ¡Era Chloe! Corría a cuatro patas por el cabo. Debajo de ella, las afiladas olas que amenazaban con devorarla al menor tropiezo.

¡Chloe!

Bethany encendió los altavoces de cubierta.

–¡Vigía de estribor, preséntese inmediatamente en el puente! –exclamó–. ¡Dhimine, a partir de este momento queda al mando del buque!

Aunque no pudo contener un chillido de sorpresa, la más pequeña de los hurones dejó su puesto y corrió hacia el puente de mando.

Harley, que esperaba la llegada de la cesta en cubierta, tampoco podía creer lo que veía. Necesitó de toda la disciplina adquirida durante años de entrenamiento en el cuerpo de salvamento para no salir corriendo detrás de Chloe. Pero los náufragos que transportaba la cesta necesitaban su ayuda. El oleaje los arrojaría por la borda si él no los ponía a salvo.

Apenas unos segundos después, el joven y ágil hurón saltaba para sujetar la cesta que se balanceaba sobre la cubierta, y la empujaba hasta la escotilla.

En cuanto Dhimine se hizo cargo del timón, Bethany bajó de un salto a cubierta y subió velozmente hasta el puesto de vigía de estribor. Un segundo después seguía los pasos de Chloe por el cabo que unía ambos buques.

Vincent esperaba a su hermana en la cubierta del *Explorador*.

–¿Adónde ha ido, Vink?

–¡A la sala de informática! Está a popa –gritó él para hacerse oír a pesar de la tempestad–. Me ha dicho que no podía permitir que se perdiera la información. ¿Qué información? ¿Qué está pasando, Bethany?

–¡Clo debe de haber perdido la razón! –exclamó Bethany–. Vuelve a bordo del *Audaz*, Vink. Yo voy a por Clo. –Déjame que vaya yo, Bethany.

–¡No! ¡Yo soy la responsable de lo que ha ocurrido! ¡Vuelve al *Audaz*, Vink!

–Pero, Bethany...

–¡Es una orden!

Vincent enderezó los hombros y saludó marcialmente a su capitana.

–¡Y prepáralo todo para subirnos a bordo cuando esta lata se hunda! –siguió diciendo

Bethany. Después le dio una palmada en el hombro a su hermano y corrió hacia la popa del buque.

Vincent sujetó el gancho de su arnés al cabo y corrió por la pendiente que éste dibujaba en su descenso hacia el *Audaz*. Cuando estaba a punto de llegar, una gigantesca ola levantó el buque de los hurones como si de un barco de juguete se tratara, tensando el cabo hasta partirlo en dos. El alférez Vincent Hurón se precipitó al mar.

Una vez en el agua, Vincent se apresuró a hinchar su chaleco salvavidas. Aun así, estaba sometido a la furia de la tempestad, al capricho de esas mismas enormes olas que golpeaban una y otra vez el buque de investigación, amenazando con hundirlo en cualquier instante. La luz de su chaleco apenas se distinguía, pues la mayor parte del tiempo estaba sumergida en el agua.

Harley vio a Vincent corriendo por el cabo como si estuviera en una horrible película en la que todo parecía suceder a cámara lenta, vio cómo el cabo se tensaba hasta romperse y vio cómo su amigo se precipitaba al vacío en un torbellino en el que sólo se distinguían los brillantes colores del pañuelo y el chaleco salvavidas del alférez.

Dhimine también vio caer al alférez desde el puente de mando. Y, lo que era aún peor, vio cómo Harley se lanzaba al mar de cabeza y nadaba hacia Vincent sin preocuparse por su propia seguridad, desafiando todo tipo de riesgos.

Justo en ese momento, el *Robusto* empezó a alejarse.

—Aquí *Robusto*, llamando al *Audaz*. Hemos encontrado a un ratón en las bodegas. No queda ningún animal a bordo. Regresamos a la base. Tened cuidado.

Pero Dhimine no respondió. En vez de eso, accionó el interfono y llamó a Boa:



—¡Necesito que subas inmediatamente a cubierta, Boa! —dijo sorprendida por la aparente tranquilidad de su voz, a pesar del temblor que dominaba su cuerpo—. Vincent ha caído al agua. Harley ha saltado detrás de él. ¡Tienes que subir y lanzarles un cabo desde el puesto de vigía de estribor! ¡Yo no puedo abandonar el timón!

Mientras tanto, ella dejaría que el oleaje empujara el *Audaz* hacia el *Explorador*, reduciendo la distancia que separaba el buque de salvamento de los dos hurones que habían caído al agua; aunque para ello tendría que acercarse peligrosamente al gran casco del buque de los humanos. No podía hacer otra cosa. Así, al menos tenían una posibilidad, siempre que Boa consiguiera divisar a los dos naufragos entre las olas y lanzase el cabo con la misma

precisión con la que lo habría hecho en tierra firme a pesar del viento y del oleaje. Si el cabo no impactaba directamente en Vincent o en Harley, si no se envolvía en torno a sus cuerpos, lo más probable es que ellos ni siquiera lo vieran. Y, entonces, ya sería demasiado tarde para intentarlo por segunda vez.

Por el momento, Dhimine sólo podía intentar mantener el buque de salvamento en posición y esperar.

A bordo del *Explorador*, la presión, cada vez mayor, del agua sobre el casco hizo saltar por los aires la escotilla de proa, abriendo una nueva vía de agua. A bordo del *Audaz*, mientras Boa subía al puesto de vigía de estribor, Dhimine se preguntó qué habría sido de Bethany y de Chloe.

## CAPÍTULO 10

Apenas unos centímetros por encima de las gigantescas olas, que amenazaban con arrastrar el buque hasta los abismos en cualquier momento, Bethany Hurón abrió la puerta de la sala de informática.

Chloe estaba delante de una estantería llena de cajas de compact disc. Empujaba las cajas hasta hacerlas caer al suelo y luego se agachaba para introducirlas en una gran bolsa de color naranja.

—¡Es toda la información que han recopilado durante el viaje! —exclamó—. Toda la información sobre los animales, sobre los océanos, sobre el futuro... Tardaron años en reunir toda esta información, pero al final encontraron la respuesta. ¡Todo está aquí! ¡No podemos permitir que se pierda!

—¡El buque está a punto de hundirse, Clo! ¡Y, si no salimos de aquí ahora mismo, nosotras nos hundiremos con él! Pero Chloe no la escuchaba.

—¡Entonces corra y sálvese, Bethany! Yo no me voy de aquí sin los CD.

Bethany miró a Chloe fijamente a los ojos. Después se agachó, acercó la bolsa a la estantería y ayudó a su amiga a llenarla con las cajas de plástico azul con etiquetas blancas en las que podían leerse cosas como: «Reducción y recuperación de la capa de ozono», «Situación de las colonias de coral», «Sondeos de la temperatura de los océanos»...

—Si salimos de ésta, Chloe, le prometo que la encerraré en la bodega y la tendré a pan y agua durante un mes.

## CAPÍTULO 11

Harley no tardó en darse cuenta de que, desde el agua, resultaba imposible ver la luz del chaleco de Vincent. A veces le parecía distinguir un leve resplandor. Entonces nadaba en esa dirección, pero inmediatamente dejaba de verlo. Ahora, tanto su vida como la de Vincent estaban en manos de Dhimine y, de alguna forma, Harley sabía que la pequeña hurona los encontraría y los sacaría del agua antes de que se hundiera aquella inmensa masa de metal que había junto a ellos.

Oyó la voz de Vincent por encima del rugido del viento y de las olas.

—¡Harley! No... ¿Es que te has vuelto loco? ¡Vuelve inmediatamente a bordo!

Harley vio la luz del chaleco, tenue y borrosa, apenas a unas patas de donde se encontraba.

—¡Eso es exactamente lo que vamos a hacer, señor! Vamos a volver a bordo. ¡Los dos!

Mientras tanto, en el *Audaz*, que seguía sometido al terrorífico azote de las olas, Boa acababa de llegar al puesto de vigía. Pero, por mucho que lo intentaba, no conseguía ver a sus dos compañeros. De hecho, no veía nada en la extensión de agua que separaba el *Audaz* del inmenso casco a punto de hundirse; nada excepto aquellas olas furiosas cuyas crestas cortaban el aire como si de una explosión de metralla se tratase.

Boa cogió los prismáticos de visión nocturna en el preciso momento en que la última bengala se apagaba al caer al agua y la oscuridad volvía a apoderarse del mundo. Pero el jefe de máquinas siguió buscando hasta que, por fin, vio un débil resplandor que se alejaba del buque de salvamento, arrastrado por el oleaje, en la oscura superficie del mar. Entonces cogió el lanzador de cabos y lo hizo girar sobre su eje, dirigiéndolo hacia popa. Calculó la fuerza del viento, apuntando a barlovento de la pequeña luz, y apretó el gatillo.

Inmediatamente después, lanzó una nueva bengala. Una línea de chispas surcó el cielo en su ascenso y, tras la más oscura de las pausas, la luz volvió a adueñarse de la noche. Siguiendo el cabo por la superficie del agua, Boa vio que acababa junto a los chalecos salvavidas amarillos de sus dos compañeros.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Ya os tengo!

Y ahora sujetaos bien fuerte, chicos —continuó diciendo para sus adentros—. Vosotros sujetaos bien, que yo me encargaré de todo lo demás.

A merced de la tempestad, el negro casco del *Explorador* se había convertido en un escollo tan peligroso como cualquier arrecife oculto junto a la costa. A apenas dos inmensas olas de distancia, Dhimine luchaba por mantener el *Audaz* fuera de peligro.

—¡Avante toda, Boa! —exclamó por el interfono en cuanto vio que el jefe de máquinas había lanzado con éxito el cabo de salvamento—. ¡Nos estamos acercando demasiado al *Explorador*!

Boa se apresuró a bajar del puesto de vigía. Aunque no tuvo tiempo de sujetar su arnés al cable de seguridad, cuando una nueva ola barrió la cubierta del buque, consiguió mantenerse en pie gracias a su gran corpulencia. Se tambaleó durante unos instantes, luchando contra la fuerza de la ola, corrió hasta la escotilla por la que se bajaba a la sala de máquinas y descendió por la escalerilla. Apenas habían pasado unos segundos desde que Dhimine le había dado la orden, y el jefe de máquinas del *Audaz* ya empujaba hacia adelante las palancas de los dos motores con sus poderosas patas.

—¡Avante toda! —exclamó.

Las hélices rugieron a escasos metros del casco del *Explorador*, que, de tardar Boa unos

segundos más, habría destruido el buque hurón de salvamento.

–¡Os quiero! –les dijo Boa a sus motores.

Desde el puente de mando, Dhimine observó cómo el *Audaz* se alejaba lentamente del peligro sin atreverse tan siquiera a respirar.

Unos segundos después, Boa volvió a cubierta, se enroscó el cabo de salvamento alrededor de sus poderosas patas y empezó a tirar. Con la tempestad y el oleaje luchando en su contra, se sentía como si estuviera tirando del mismísimo buque de los humanos. Pero siguió luchando contra la tempestad, tirando con todas sus fuerzas, gimiendo por el esfuerzo, con los grandes hombros temblándole por la fuerza con la que tiraba, sin darse nunca por vencido, hasta el punto de doblar el metal del pasamanos contra el que apoyaba las patas traseras.

–¡Son míos! –le gritó a la tempestad apretando los dientes–. ¡Nadie me va a quitar a mis compañeros!

## CAPÍTULO 12

Entre las dos, no tardaron en meter todas las cajas de CD que había en la estantería en la bolsa naranja. Después, Chloe cerró la bolsa con dos rápidos nudos más uno de buena suerte, teniendo cuidado de dejar libre un extremo del cabo para poder tirar de la bolsa.

–¡Todavía quedan cosas! –exclamó la estrella del rock mientras buscaba otra bolsa–. ¡Vídeos y otros objetos que pueden ser importantes!

–¡Basta ya! –gritó Bethany, que podía sentir los últimos lamentos del buque bajo sus patas– ¡Tenemos que salir de aquí inmediatamente, Clo!

Mientras las dos huronas corrían hacia la proa del buque, arrastrando la bolsa sobre la superficie del agua que ya inundaba la cubierta, la presión arrancó una escotilla a escasos pasos de ellas, lanzándola al aire como en una explosión de dinamita. Donde había estado la escotilla, apareció un gigantesco chorro de agua a presión.

No nos queda tiempo –pensó Bethany–. Sólo faltan unos segundos para que el buque se hunda.

–¡Hacia sotavento! –gritó al ver que Chloe pretendía ir hacia el costado contrario.

Por un momento, Chloe no recordó qué dirección era sotavento. Pero sólo por un momento. Claro –se dijo a sí misma–. El oleaje es demasiado fuerte a barlovento. Si saltáramos a barlovento, las olas nos arrastrarían contra el casco del buque.

Al mirar a Bethany supo que, mientras viviera, siempre la recordaría como estaba en ese momento: su oscura silueta perfilada por la luz blanca de una bengala, rodeada de un mundo de imágenes en blanco y negro en el que el único color que se veía era el del pañuelo anudado orgullosamente alrededor del cuello de la capitana del *Audaz*.

Y fue en ese instante cuando Bethany supo que ya era demasiado tarde. Al mirar a su alrededor, al sentir la fuerza de la tempestad, incluso Chloe supo que estaban perdidas. Ya no quedaba tiempo.

Y, entonces, más rápido de lo que incluso Bethany había creído posible, el *Explorador* empezó a hundirse. Primero se sumergió la proa, después toda la mitad delantera, levantando la popa del buque prácticamente en vertical, hasta convertir la cubierta en un inmenso precipicio por el que ambas huronas cayeron hasta chocar contra un pasamanos.

–¡Agárrate fuerte, Clo! –gritó Bethany, aunque sabía que cualquier esfuerzo sería inútil pues, si no lo hacía antes el propio buque, serían los remolinos los que las arrastrarían hasta el fondo del mar.

Pero, en lugar de miedo, Bethany sintió una envolvente y maravillosa sensación de paz. No le importaba lo que pudiera suceder. Tampoco le importaba que se perdieran los datos almacenados en los compact disc, ni la tempestad ni la aventura que habían vivido en ese pequeño planeta que giraba en torno a un pequeño sol en una pequeña galaxia de estrellas que flotaban en el tiempo y el espacio. Y supo que todo había ocurrido como tenía que ocurrir, pues ella estaba a punto de entregar su vida para que otros pudieran vivir y así era como siempre había querido que fuese. Y, entonces, durante un instante, se sintió como si la tempestad hubiera amainado y a su alrededor reinase la más absoluta calma.

Se volvió hacia Chloe y sonrió.

Chloe, que sentía la misma maravillosa sensación de paz, cogió la pata de su amiga.

–Todo es como debe ser, ¿verdad, Bethany? –dijo con gran sosiego.

La popa del buque empezó a descender.

Pero, en vez de la oscuridad, una cálida claridad se adueñó del mundo y un tembloroso arco de color, un gigantesco arco iris, se dibujó en el agua.

Frente a ellas, bajo el arco de luz, una pequeña hurona las contemplaba con una mirada llena de sabiduría y amor, de tal manera que, si aún perduraba en ellas algún vestigio de temor, desapareció inmediatamente al advertir la presencia de aquella maravillosa criatura.

–Bethany –dijo la criatura con una voz que, más que en los oídos, pareció resonar dentro de las cabezas de las dos huronas–. Chloe.

Después guardó silencio mientras las dos amigas la miraban, ajenas al tiempo. Y, durante ese instante de eternidad, Bethany y Chloe recordaron quiénes eran, recordaron de dónde venían y conocieron el camino de sus vidas.

Claro –pensó Bethany–. ¿Cómo puedo haberlo olvidado? ¡Nunca deseé otra cosa que no fuese acercarme a esta maravillosa criatura!

Y, ahora que la había encontrado, Bethany estaba preparada para seguirla allí donde ella quisiera llevarla.

–Todavía no ha llegado vuestra hora –dijo la hurona–. Todavía no es el momento de que crucéis el arco. Todavía os queda mucho por aprender y debéis hacerlo en el lugar y en el tiempo que os corresponden. Todavía os esperan grandes aventuras.

Bethany y Chloe no podían apartar la mirada de los oscuros ojos de la hurona.

–Os habéis enfrentado a grandes pruebas y siempre habéis hecho aquello que creíais que era mejor. Habéis obrado bien.

La maravillosa criatura se acercó a las dos huronas, levantó una pata y la poso suavemente sobre el hombro de Chloe, primero, y de Bethany, después.

–Te concedo el don de esa belleza que siempre has buscado –dijo mirando fijamente a Chloe–. El don de la belleza interna.

Después se volvió lentamente hacia Bethany.

–A ti te concedo el don del amor.

Después permaneció en silencio junto a ellas, rodeándolas de felicidad.

Hasta que se dio la vuelta y se deslizó hacia un lugar mucho más real que el aquí y el ahora, desapareciendo entre la luz del arco de color.

Y, de repente, un trueno pareció arrastrar a Bethany y a Chloe y, antes de que pudieran darse cuenta de lo ocurrido, la tempestad volvía a rodearlas con toda su furia.

Justo antes de sumergirse por completo, el buque se había detenido con un estremecimiento. La proa había chocado contra un saliente de los arrecifes que estaba oculto bajo la superficie.

Bethany no podía creerlo. Acababan de recibir esos segundos que necesitaban para salvarse.

–¡Ahora, Clo, salte!

Ante ellas se extendía un lago de calma protegido de la tempestad por el casco del *Explorador*. Con la proa clavada en el saliente, todavía tenían tiempo para alejarse nadando antes de que el buque se precipitase definitivamente hasta el fondo del mar.

–¡Ahora!

Sin soltar la bolsa, las dos huronas saltaron a la oscuridad.

Las luces de sus chalecos salvavidas se encendieron en cuanto cayeron a las frías y tranquilas aguas.

–¡Nade, Clo! –exclamó Bethany–. ¡Tenemos que alejarnos del buque!

Lo había oído una y otra vez en la academia de oficiales: hay que alejarse lo más posible de

un buque que va a hundirse.

Como si fueran dos nutrias marinas, Bethany y Chloe nadaron con todas sus fuerzas, arrastrando la bolsa.

–¿Bethany...?

Chloe no acabó la frase.

–¿Está bien, Clo?

–También la ha visto, ¿verdad? –dijo finalmente la estrella del rock sin apenas aliento por el esfuerzo.

–Ahora no, Clo –contestó Bethany–. Ya hablaremos de eso después. ¡Ahora sólo debemos pensar en salvarnos!

Y, en ese preciso instante, las nubes se abrieron en el cielo, y un rayo de sol atravesó la tormenta. Cortando la superficie del mar como si fuera una flecha, el *Audaz* se aproximó a las dos huronas y viró bruscamente para situarse a sotavento de ellas.

Harley ni siquiera esperó a que el buque de salvamento se detuviera, sino que saltó por la borda al ver cómo lo hacía el alférez Vincent Hurón.

–¡Vuelve a bordo, Vink! –le gritó Bethany a su hermano. Tenía miedo de que las corrientes pudieran arrastrarlo al fondo–. ¡No necesito que me ayudes! ¡Nado mejor que tú!

–Entonces te echo una carrera, hermana –dijo Vincent sin hacer caso de las palabras de Bethany, al tiempo que cogía la bolsa naranja con los CD.

–¡Harley! –exclamó Chloe en la oscuridad al ver llegar al segundo hurón.

–No se preocupe, señorita Chloe –la tranquilizó él al tiempo que la cogía de una pata–. Ya falta muy poco.

A bordo del *Audaz*, Boa sacó a los animales del agua de dos en dos; primero a la capitana y a su hermano, después a la estrella del rock y a Harley.

En la oscuridad, el *Explorador* se estremeció, incapaz de soportar por más tiempo la presión. En su descenso, la inmensa masa de hierro se inclinó sobre el *Audaz*, amenazando con aplastarlo.

–¡Ya los tengo, Dhimine! ¡Vayámonos de aquí! –gritó Boa al ver cómo el inmenso casco del buque humano descendía, cada vez más de prisa, hacia ellos.

–¡Necesitamos más potencia, Boa! –exclamó Dhimine–. ¡Necesitamos más potencia!

Y, como si de un milagro se tratase, antes de que Boa pudiera moverse, los motores del *Audaz* rugieron y el buque de salvamento hurón aceleró a plena potencia. Sujetándose al timón con todas sus fuerzas para no perder el equilibrio, Dhimine alejó el buque de aquel inmenso casco que amenazaba con aplastarlos en su descenso.

–¡Reducid la marcha! –ordenó cuando el *Audaz* volvió a encontrarse con el oleaje de la tempestad.

Detrás del buque de salvamento, el *Explorador* se hundió con un último lamento seguido de una violenta sucesión de inmensos remolinos que succionaban el agua hacia las profundidades. Un instante después, como si el gigante de metal nunca hubiera existido, la tempestad golpeaba con furia los arrecifes.

–Reduciendo la marcha –respondió Bethany desde la sala de máquinas ante la sorpresa de Dhimine–. Buen trabajo.

–Gracias, mi capitana –dijo Dhimine desde el puente de mando mientras mantenía la proa del *Audaz* de cara al oleaje.

Mientras Boa relevaba a Bethany en la sala de máquinas, Harley acompañó a Chloe hasta su camarote. Después volvió a ocupar su puesto como vigía de babor.

Al ver entrar a Bethany en el puente de mando, Dhimine la saludó en posición de firmes.

–Su buque, capitana –dijo cediéndole el timón. Bethany le devolvió el saludo llevándose una pata a la frente.

–Gracias, Dhimine. Puede volver a su puesto. En cuanto llegue quiero un informe con las comprobaciones de rigor.

A pesar del cansancio, la pequeña hurona asintió y corrió a ocupar su puesto de vigía de estribor.

Ni siquiera había pasado un minuto cuando Bethany oyó su voz por el interfono.

–Aquí vigía de estribor. Foco principal, encendido. Foco secundario, encendido... y apagado. Bengalas, cohetes, marcadores y lanzadores. Todo dispuesto... y asegurado.

–Apagad todos los focos –ordenó Bethany en cuanto el resto de los tripulantes completaron sus comprobaciones–. Pronto deberíamos divisar las boyas del canal.

Así, el *Audaz* emprendió el trayecto de regreso a la base de Maytime. Para evitar los oscuros arrecifes que acechaban, amenazantes, en la noche, Bethany fijó un rumbo que los conduciría ligeramente a barlovento del canal.

–Atención, toda la tripulación –dijo por el interfono–. Tenemos contacto intermitente de radar con la boya, pero no hay retorno del malecón.

Era muy extraño. ¿La tempestad podría haber dañado los reflectores de radar del malecón? ¡Mantén alerta, Bethany!, se dijo a sí misma.

Por la posición de la boya que mostraba la pantalla del radar, pudiera ver o no el malecón, había llegado el momento de virar a babor para enfilar el canal.

–¡Olas rompiendo a babor! –gritó de repente Harley.

Un segundo después, la pequeña vigía encendió uno de sus focos. Aunque al principio no vio nada, Bethany no tardó en oír el rumor de las olas rompiendo contra las rocas.

¡Otra vez no! –se dijo a sí misma en voz alta–. ¡Cuidado, Bethany!

Una vez más, el oleaje había arrastrado una de las boyas que marcaban la entrada al canal. Bethany sintió un escalofrío.

–¡Atención, toda la tripulación! –exclamó por el interfono–. ¡La tempestad ha movido una de las boyas! ¡Necesitamos una referencia visual del canal!

El silencio se apoderó del buque de salvamento mientras los hurones se esforzaban por ver algo con sus prismáticos de visión nocturna.

–¡Ahí está! –exclamó finalmente Vincent desde la proa del buque–. ¡Veo la entrada al canal! Está a treinta grados a babor –continuó diciendo tras tomar las pertinentes mediciones. Un instante después, el foco de proa del *Audaz* iluminaba el solitario reflector verde que señalaba la entrada al canal.

–Vigía de estribor confirmando contacto visual del canal –anunció Harley por el interfono.

Aquí, vigía de babor –dijo Dhimine–. Canal a la vista.

Tomando todas las precauciones posibles, Bethany hizo avanzar el *Audaz* con extremada lentitud, siguiendo la luz de los focos como si el buque fuera una especie de alpinista marino abriéndose camino entre las grietas de un glaciar. A ambos lados del *Audaz*, inmensas olas rompían contra la costa, cubriendo las rocas de espuma en un último intento por hacer naufragar el buque de salvamento.

No lo permitiré. No permitiré que ocurra –se dijo Bethany a sí misma sujetando con fuerza el timón–. ¡No, no lo permitiré!

## CAPÍTULO 13

Una vez a salvo en la base, los náufragos fueron subiendo lentamente a la cubierta del *Audaz*.

–Claro que podéis quedaros con las mantas –le dijo Chloe a un ratón que, envuelto en una de las coloridas mantas de reglamento, resultaba prácticamente invisible–. ¡Consideradlo un regalo del Cuerpo Hurón de Salvamento Marítimo!

Aunque ese tipo de obsequios no estuviera autorizado por el reglamento, a Bethany le pareció que podría ser una idea beneficiosa para la imagen del cuerpo de salvamento.

Después, todas las desaliñadas criaturas fueron conducidas en autobuses hasta un barracón, donde los esperaban un buen plato de comida caliente y una comfortable hamaca. Los compact disc que Chloe y Bethany habían rescatado del *Explorador*, sin los cuales no se podrían haber salvado los océanos de la tierra, fueron transportados inmediatamente a la comandancia de la base de los guardacostas.

Antes de desembarcar, mientras los miembros de la tripulación se afanaban dejándolo todo listo a bordo para la siguiente misión, Bethany encendió los altavoces del *Audaz*.

–Atención a toda la tripulación –empezó diciendo la capitana del buque. Después permaneció unos segundos en silencio, buscando las palabras exactas.

Incluso a salvo en la base, el oleaje de la tempestad mecía suavemente el buque.

–No puedo expresar lo orgullosa que me siento de todos –continuó diciendo finalmente la voz de Bethany a través de los altavoces–, lo orgulloso que debe sentirse hoy nuestro buque de su tripulación.

Sin intentar disimular la emoción que sentía, la capitana del *Audaz* se quitó la gorra de salvamento y se secó las lágrimas con una pata. Durante unos segundos, sólo se oyó el sonido de la lluvia cayendo sobre la cubierta del buque.

–Buen trabajo, Boa.

El gran hurón estaba en la sala de máquinas, limpiando los motores gemelos hasta dejarlos relucientes, pues ésa era su forma de agradecerles el magnífico trabajo que habían hecho.

Es una gran capitana, pensó Boa.

–Buen trabajo, Harley –siguió diciendo Bethany. Sólo he cumplido con mi deber, pensó Harley. –Buen trabajo, Dhimine.

La pequeña hurona meneó la cabeza de un lado a otro. Si la capitana supiera el miedo que he pasado, pensó para sus adentros.

–Buen trabajo, Vink.

En su puesto, Vincent asintió en silencio. Mamá se sentiría orgullosa de ti, hermana.

–Buen trabajo, Chloe.

En el camarote de los náufragos, mientras recogía las hamacas y las guardaba en sus correspondientes taquillas, los ojos de Chloe se llenaron de lágrimas. Había venido a la base de Maytime buscando un buen reportaje, pero había encontrado algo mucho más valioso.

–Por último –dijo Bethany–, quisiera agradecerle su servicio a nuestro buque en nombre de toda la tripulación. Buen trabajo, *Audaz*. Hoy has salvado la vida de muchos animales. No sólo has salvado la vida de más de cien náufragos, sino también las nuestras.

Al apagar el interfono, Bethany se entregó a una maravillosa sensación de paz que envolvía todo su ser.

Sola en el puente de mando, lloró como si su corazón estuviera a punto de partirse en dos,

como si no hubiera sitio en su interior para todo el amor que sentía por su tripulación, por los hurones, por todos los animales del mundo.

## CAPÍTULO 14

La tempestad siguió azotando la costa durante otras cuarenta y ocho horas. Finalmente, el tercer día amaneció con un magnífico cielo azul. A mediodía, la limusina plateada de Chloe se detuvo con un susurro en el muelle. El conductor, impecablemente vestido, se bajó del coche y esperó junto a la puerta trasera, dispuesto para abrirla en cuanto llegara la estrella del rock.

Bethany estaba en el puente de mando y Harley trabajaba en el puesto de vigía de babor. Estaban probando un nuevo sistema de visión nocturna que conectaría los puestos de vigía con el puente de mando.

—Sólo veo manchas en la pantalla, Harley —anunció la capitana del *Audaz*—. Debe de fallar algo en la conexión...

Bethany interrumpió sus palabras al ver subir a Chloe a cubierta.

Con ademán pensativo, la estrella del rock avanzó lentamente hacia el puente de mando, deteniéndose a tocar la escotilla, el pasamanos, la escalerilla... Por sus gestos, parecía querer despedirse de cada parte del buque.

—Diez minutos de descanso, Harley —dijo Bethany por el interfono justo antes de que Chloe llamase a la puerta del puente de mando—. Adelante, Clo. Pase.

Cuando finalmente lo hizo, la estrella del rock tenía lágrimas en los ojos.

—Ha llegado el momento de que vuelva a mi mundo, Bethany, pero no quiero marcharme.

La capitana del *Audaz* abrazó a su amiga.

—Cada animal debe estar allí donde pertenece, Clo —dijo—. Algunas huronas tenemos nuestro sitio en un buque, pero otras han nacido para los escenarios —continuó diciendo mientras observaba los ojos llorosos de la hermosa hurona—. El sitio es lo de menos. Lo que realmente importa es que, allá donde estemos, siempre nos acompañarán la belleza y el amor.

—¡Entonces no lo soñé! —exclamó Chloe sin disimular su sorpresa—. Era la criatura más hermosa que he visto nunca, la criatura más llena de amor... —Guardó silencio durante unos instantes, pensativa—. No, no fue un sueño.

—No lo sé, Clo. Sólo sé que, fuera lo que fuese, nunca lo olvidaré. ¿Y el arco de luz? ¿Cree que pudimos soñar algo así?

Las dos amigas permanecieron en silencio, recordando aquel momento.

—¡No! —exclamó Chloe—. ¡Claro que no fue un sueño!—Se secó las lágrimas lentamente con una pata—. Yo sé lo que vi —continuó diciendo con apenas un hilo de voz—. Mi madre me dijo que algún día la vería. Me contó que, cuando llegara mi momento, la vena...

Bethany asintió.

—Mi madre me dijo lo mismo.

Katrinka Hurón no estaba delirando cuando habló con su hija mayor antes de morir. No. Sabía perfectamente lo que decía cuando le contó lo que había visto y la felicidad que había sentido. Lo que mejor recordaba Bethany de aquella noche era la felicidad que sentía su madre a pesar de encontrarse a las puertas de la muerte, la felicidad con la que hablaba de los deslumbrantes colores de amor que la rodeaban en su habitación.

Puede que el arco de luz no perteneciese a este mundo —pensó Bethany—, pero sé que lo vi. Sé que está ahí, esperándome en algún lugar. Sé que existe.

Las dos amigas hablaron de lo que había sucedido durante el naufragio del *Explorador*, hablaron de lo que habían visto aquella noche y de cómo había cambiado sus vidas. Y, ya hubiera sido una experiencia directa de la muerte o del arco por el que se entra en el paraíso

de los hurones, o simplemente una maravillosa alucinación compartida, sabían que tendrían que pasar muchos años antes de que le hablaran de ello a ninguna otra criatura.

Finalmente, Bethany encendió el interfono.

–Toda la tripulación a cubierta –ordenó. Acto seguido, salió del puente de mando y descendió la escalera detrás de su amiga.

Unos segundos más tarde, Chloe Hurón estaba en la cubierta del *Audaz*, rodeada por una familia como ninguna otra que hubiera conocido jamás; una familia unida por la promesa del amor y el compromiso de arriesgar sus vidas para salvar las de otros animales.

–Sabemos que tiene que irse –dijo Bethany–, aunque preferiríamos que no fuera así. No olvide que siempre formará parte de la tripulación del *Audaz*.

Harley asintió y miró a Chloe con una gran sonrisa.

–Y si algún día no sabe qué hacer, siempre puede cantarme una canción. Yo estaré aquí para escucharla.

La estrella del rock se acercó a Harley y le dio un abrazo.

–Mi valiente Harley –susurró–. Siempre estarás en mis canciones.

Al ver que la estrella del rock se acercaba a ella, la pequeña Dhimine, que olía a líquido para limpiar metales, bajó tímidamente la mirada.

–Clo... –empezó a decir.

–Dhimine –suspiró Chloe, incapaz de contener las lágrimas que volvían a aflorar en sus ojos. Después se abrazó a la valerosa hurona de salvamento, que en ese momento parecía frágil como un cachorro–. Ánimo, Dhimine. Amigas para siempre, no lo olvide.

Dhimine asintió, incapaz de pronunciar una sola palabra. –Que no me entere yo de que ha olvidado cómo se hacen los nudos –intervino Boa, que tenía la ropa llena de manchas de grasa–. Algún día, esos nudos podrían salvarle la vida.

Rechazando la pata que le extendía el jefe de máquinas, Chloe se abalanzó sobre él, abrazándolo con tanta fuerza que prácticamente desapareció entre sus poderosas patas.

–Lo prometo.

–Ésa es mi cachorra –dijo él.

–Escríbame, Boa –le susurró ella al oído y lo besó en la mejilla, ante la sorpresa de ambos. Después se separó de él. Vincent dio un paso adelante.

–Ha sido un honor navegar con usted, señorita Chloe –dijo.

–¡Vincent! –dijo ella moviendo la cabeza de un lado a otro–. Siempre tan formal. –Después lo abrazó y los dos empezaron a reír.

Al llegar a la pasarela, Chloe se detuvo un instante para mirar la enseña del Cuerpo Hurón de Salvamento Marítimo.

–Si no hubiera perdido mi gorra, me la quitaría para saludar al *Audaz* –dijo.

–No ha perdido nada, Clo –señaló Bethany–. Al contrario, se ha ganado una gorra de salvamento.

La capitana del *Audaz* se quitó su vieja gorra y se la puso a Chloe. Después aflojó el nudo de su pañuelo y lo anudó alrededor del cuello de su amiga.

–No olvide que todos la queremos, Clo –dijo finalmente.

Incapaz de hablar, con los ojos llenos de lágrimas, Chloe Hurón enderezó el cuerpo en posición de firmes y saludó sin apartar la mirada de la enseña, que ondeaba, descolorida, sobre el puente de mando. Sin decir una palabra más, bajó al muelle y subió a la limusina.

–Ahí va una gran hurona –dijo Bethany.

–Desde luego que sí –repuso Boa.

Bethany respiró hondo, luchando por no perder el dominio de sí misma.

–Si no me equivoco, tenemos un simulacro de rescate a las 15.30 –se apresuró a decir para cambiar de tema–. Mañana estamos en alerta desde las 6.00 horas. ¿Está todo listo?

–Ya la echo de menos –dijo Dhimine.

–Todos la echamos de menos –dijo Boa, dándole unas palmaditas en la espalda.

–No me pregunten por qué, pero sé que ésta no es la última vez que veremos a Chloe Hurón –intervino Bethany, sacando el pecho–. Sin embargo, ahora, ella tiene otras cosas que hacer, y nosotros también. Harley, me gustaría acabar de instalar el nuevo sistema de visión nocturna antes de que empiece el simulacro –añadió.

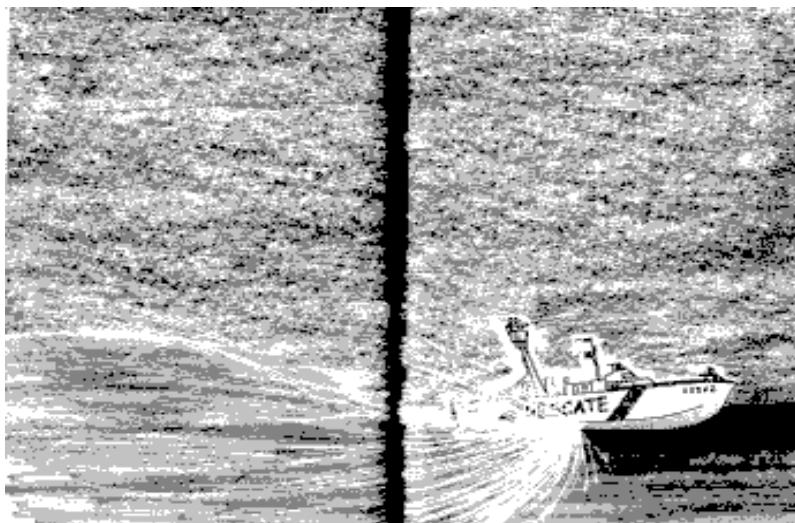
## CAPÍTULO 15

Las misiones de rescate siempre llegan de tres en tres, como las olas. Eso era lo que siempre decían los hurones de salvamento, y era cierto. El primer día que el *Audaz* volvió a estar en alerta tras la tempestad que había hundido el *Explorador*, el pesquero de arrastre *Libby J. Haines* volcó por un exceso de carga.

Cuando los hurones de salvamento llegaron al lugar de los hechos, el pesquero ya había volcado. Con la quilla hacia arriba, se había convertido en una especie de improvisado bote salvavidas para la tripulación de humanos y para una docena de temblorosos ratones.

«Mar en calma. Rescate sin novedades –escribió Bethany en el diario de a bordo–. Doce vidas.»

Y así pasaron los días, entre una misión de rescate y otra. Horas y horas de rutina salpicadas por algún emocionante rescate, como dicen en el cuerpo de salvamento. Pero ésa era la vida que habían elegido: una vida que ninguno de ellos cambiaría por nada en el mundo.



En julio, el reportaje de Chloe apareció en la revista *Mustélidos*. En la portada había una foto del *Audaz* levantando una cortina de agua dorada mientras navegaba hacia mar abierto, con la puesta de sol de fondo. Podían verse las siluetas de los miembros de la tripulación, atentos en sus puestos, y a la capitana, erguida en el puente de mando, con el cielo como pañuelo.

No había un solo lugar en la base de Maytime donde no se pudiera encontrar un ejemplar de la revista. Había ejemplares en los despachos, en los barracones, e incluso en el comedor. Los hurones de salvamento releían una y otra vez el artículo, sin cansarse nunca de mirar las fotos. Algunos incluso acosaban a Bethany y a los miembros de su tripulación para que les firmasen autógrafos en sus ejemplares de la revista.

En agosto se colgaron los pósters anunciando el concierto que iban a dar Zsa-Zsa y las Go-Gos en beneficio del Cuerpo Hurón de Salvamento Marítimo.

Las tres estrellas del rock llegaron a la base un día antes del concierto. Chloe llevaba puesta la vieja gorra de salvamento y el pañuelo con los colores del *Audaz*. Zsa-Zsa y Mistinguette se

ocultaban detrás de unas oscuras gafas de sol. Lo primero que hicieron fue visitar el *Audaz*, donde Chloe le demostró a Boa que todavía era capaz de hacer un nudo marinero tan de prisa como la que más; al menos al segundo intento. Después, los dos permanecieron algún tiempo hablando a solas. En honor a sus huéspedes, la tripulación realizó un simulacro de salvamento en el que, para el asombro y la admiración de Zsa-Zsa y de Mistinguette, Dhimine encontró al ratón que hacía de náufrago en menos de cuarenta segundos.

Aunque lo que ocurrió en el concierto ya no forma parte de esta historia, hay que decir que Zsa-Zsa empezó cantando *Hurón salvaje* y que las tres huronas cantaron *Cierra los ojos* con más sentimiento de lo que lo habían hecho nunca antes. Además, su amigo Patablanca apareció en el escenario entre nubes de humo y se unió a ellas en *Si pudiera volar*, una canción que hizo bailar a los entusiasmados hurones del público. Como colofón, Chloe se puso su gorra de salvamento y su pañuelo del *Audaz* y cantó *Rescate nocturno* junto a sus dos compañeras. Las lágrimas no tardaron en aflorar a los ojos de las tres huronas, que recibieron una atronadora ovación del público.

Una hora después de acabar el concierto, las tres estrellas seguían firmando autógrafos a sus incansables admiradores.

Los miembros de la tripulación del *Audaz* posaron casi para tantas fotos como Chloe y sus compañeras de grupo, y también firmaron cientos de autógrafos para admiradores maravillados ante la oportunidad de poder ver en persona, incluso de poder tocar, a los héroes del *Audaz*.

—¿De verdad somos famosos, capitana? —le preguntó Dhimine a Bethany, incapaz de creer lo que estaba ocurriendo.

A la mañana siguiente, su foto apareció en la portada de *Hurones famosos* con la pregunta escrita con grandes letras a modo de titular.



## CAPÍTULO 16

La fama se acaba, pero el verdadero carácter nunca se pierde.

Bethany, Vincent, Boa, Harley, Dhimine y los tripulantes de los demás buques de la base de Maytime ya no salen en las portadas de las revistas, pero siguen salvando vidas con sus veloces buques de salvamento.

Poco tiempo después del naufragio del *Explorador*, Dhimine solicitó el ingreso en la academia de oficiales, en la que fue aceptada gracias a su magnífica hoja de servicio y a la recomendación de su capitana y del comandante en jefe de la base de Maytime.

La competencia por ocupar su puesto a bordo del *Audaz* fue muy dura. En una sola tarde, Bethany llegó a tener hasta catorce entrevistas con candidatos altamente cualificados. Una de ellas fue Kimiko Hurón, quien la impresionó gratamente por las altas puntuaciones que obtuvo en los simulacros y por lo que parecía ser un conocimiento innato de los buques de salvamento. Además, parecía entender todo aquello que significaba ser tripulante del *Audaz*.

La joven hurona, que procedía de una familia de marineros, le habló a Bethany con absoluta sinceridad.

—Le prometo, capitana, que no encontrará una vigía mejor en todo el cuerpo —le dijo—; con la excepción de cierta hurona que acaba de ingresar en la academia de oficiales, claro está.

Bethany sonrió.

—¿No sabe quién soy, capitana? —preguntó la joven hurona—. ¿No me reconoce?

—No —repuso Bethany—, pero, por sus palabras, ésta no debe de ser la primera vez que nos vemos.

—¿No se acuerda del naufragio número ocho? Usted volvió al buque durante el simulacro y me encontró debajo de la vela.

¿De qué madera están hechos estos animales? ¿De dónde sacan el valor necesario para arriesgar sus vidas para salvar a otras criaturas? ¿Por qué lo hacen? Bethany recordó las preguntas que le había hecho en una ocasión su amiga Chloe. Al observar a la joven hurona, supo que lo hacían por amor, porque no podía haber nada más bello en la vida que sacrificarse por los demás.

—Así que al final cumpliste tu sueño. Recuerdo que me dijiste que llegarías a ser una hurona de salvamento —le dijo a la joven. Después permaneció en silencio durante unos instantes—. ¿De verdad eres la mejor vigía, Kimiko? ¿Estás segura de lo que dices? Porque en el *Audaz* sólo hay sitio para los mejores.

—Sí, mi capitana. Estoy segura —exclamó la candidata en posición de firmes.

Bethany se levantó. La entrevista había concluido.

—Zarpamos al amanecer —dijo—. Se trata de un simulacro de rescate sin radar. Tipo de embarcación sin determinar. Posición desconocida. Usted ocupará el puesto de vigía de estribor y confío en que sea la primera en divisar el objetivo.

—¿Puede confiar en ello, mi capitana!

La joven hurona saludó y se dio la vuelta para marcharse. Mientras la contemplaba, Bethany pensó que se parecía a ella. Sí, era como ella y como Dhimine, como Harley, como Vincent y como Boa, pues ella también tenía el espíritu de un verdadero hurón de salvamento.

—Una última cosa... —dijo Bethany.

La joven hurona se dio la vuelta.

Sobre el escritorio había una pequeña caja de madera. Bethany la abrió, sacó uno de los

pañuelos de seda con franjas color cereza y limón y lo anudó cuidadosamente alrededor del cuello del nuevo miembro de su tripulación.

–Son los colores de su buque –dijo–; los colores del *Audaz*. Bien venida a bordo.

